

EL VENCEDOR DE LA SELVA

Rogers Kirby



**Ella era su enemiga... ¡Pero
no podía dejarla morir así!**

EL VENCEDOR DE LA SELVA

ROGERS KIRBY

El vencedor de la selva

1.^a EDICIÓN
DICIEMBRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:

232. — El Valle de la Muerte. 242. — El mago del «Colt». 247. — La venganza de Will Tobey. 253. — La marca fatal. 256. — La mentita de Jarry Jensen. 271. — El terror de Oklahoma. 304. — La muerte busca a Vic Gordon. 368. — Colosos del Oregón. 384. — El diablo de Texas. 400. — El ocaso de una raza.

En Colección BUFALO:

34. — La muerte deja instrucciones. 64. — Kit Gatillo. 105. — ¡Palabra de rey!

En Colección SERVICIO SECRETO:

269. — Estiletes vengadores.

En Colección PANTERA:

49. — El brillante del gran Lama.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

EL VENCEDOR DE LA SELVA

POR ROGERS KIRBY



INTRODUCCIÓN

En la residencia del profesor Irving Corey, famoso etnólogo y hombre de ciencia londinense, se celebraba el vigésimo cumpleaños de su hija Hellen, que por cierto los cumplía con el siglo.

Era la noche del 11 de noviembre de 1920. Todos los ingleses festejaban aquel mismo día el segundo aniversario de la terminación de la Gran Guerra. Pero Hellen Corey y sus amigas íntimas no parecían acordarse siquiera de los sinsabores pasados durante la conflagración. Aquella noche en que las conversaciones de todos los habitantes del Reino Unido versaban sobre la última guerra, ellas tenían otro tema más interesante de qué hablar.

—Ese Paul Hatton acabará comprometiéndote, Hellen —decía en aquel momento una jovencita de rostro simpático y nariz ligeramente respingona—. Yo, en tu lugar, permitiría a Frank Lethier que le diera su merecido.

—¡Qué dices, Mona! —se escandalizó la dueña de la casa—. ¿Pedir yo un favor a ese hombre? ¡Ni pensado! ¡Antes preferiría morir!

—Pero, ¿por qué tienes tanta rabia a Frank Lethier? —quiso saber otra de sus amigas—. La verdad. Hellen. Para ser un protegido de tu padre te comportas de una forma muy rara con él. Hay quién asegura que ni le diriges la palabra.

—Ni pienso hacerlo —respondió Hellen, mirando desafiante a la que había hablado—. Para mí, ese hombre solo es un montón de músculos al servicio de mi padre.

—Por favor, Hellen —intervino ahora una joven morena y como todas las del grupo, bastante agraciada—. ¿Quieres decirnos de una vez qué te ha hecho Frank Lethier para que le aborrezcas de esa manera?

—¿Que qué me ha hecho? Os lo diré. Ese protegido de mi padre, ese Frank Lethier por el que todas suspiráis, vive en esta casa contra mi voluntad. Como sabéis, al terminar la guerra mi padre puso un anuncio en el «Times» solicitando los servicios de un joven que además de poseer conocimientos de Etnología, reuniera las condiciones precisas, para acompañarle en una de sus expediciones al interior de África. El caso fue que se presentaron dos docenas de jóvenes entre los cuales se encontraba uno recomendado por mí. Fijaos bien en esto: Había uno recomendado por mí. Pues bien. No sé cómo se las arregló ese Frank Lethier para que mi padre, a pesar de mis protestas, le eligiera a él. Y no fue eso solo. Lo peor de todo fue que, al volver de la expedición se aprovechó de un favor que había hecho a mi padre para convertirse en un miembro de la familia. Y desde entonces vive con nosotros. ¿Comprendéis ahora porqué me es tan antipático?

—¡Pero Hellen! —la reprochó la de la nariz respingona, que era precisamente la que más confianza tenía con ella—. Eso no es motivo para odiar así a una persona. Además, él no tiene la culpa de que tu padre le eligiera en vez de al otro a quién tú recomendabas.

—De acuerdo, Mona. Pero en cambio sí la tiene de que mi padre se crea atado a él por toda la vida. Y no creáis que son celos. ¡Sería ridículo! Se trata simplemente de demostrarle que yo no me considero ligada a él por el agradecimiento de mi padre. Por eso no quiero deberle ningún favor. Prefiero soportar las impertinencias de ese fatuo de Hatton antes que pedirle a él nada. Es más: Mientras mi padre no se entere, lo de Hatton me servirá para hacerle rabiar un poco. Pase lo que pase, Hellen Corey jamás pedirá un favor a Frank Lethier. El único que le pediría muy a gusto es el de que me librara de su presencia. Pero ese, por respeto a mi padre, no puedo pedírselo.

—Ya no es necesario —respondió a su espalda una voz de timbre varonil—. Puede estar segura de que será complacida. Aunque antes permítame cumplir el encargo que me ha dado la oportunidad de oír su opinión respecto a mi persona: Su señor padre la espera junto al piano. Desea que cante usted algo, buenas noches.

Y sin dar tiempo a que Hellen y sus amigas se recobraran de su asombro, el que había hablado giró sobre sus talones y, muy erguido, salió del salón.

—¡Ahora sí que la has hecho buena, Hellen! —exclamó la de la nariz respingona, que era la más parlanchina de todas—. Apuesto una libra contra un penique a que tu padre tendrá que buscarse otro Frank Lethier. ¡Lo que es a ese no creo que le vea más el pelo!

Hellen Corey resopló como si la hubiera picado una avispa.

—Acepto esa apuesta, si es que lo dices en serio, Mona. Una libra contra un penique a que, para pesar mío, Frank Lethier no se mueve de esta casa.

Pero Hellen Corey perdió la apuesta. Frank Lethier desapareció aquella misma noche de Londres sin que nunca más se volviera a saber de él.

La última persona que le vio fue Paul Hatton. Aunque no se lo dijo a nadie. La despedida del joven Lethier le había costado estar ocho días en el hospital y no le interesaba que aquello se supiera. En cambio, no pasó desapercibido para nadie que, desde la desaparición del protegido del profesor, él dejara de cortejar a su bella hija.

Y pasaron cuatro años. Hellen Corey acabó por olvidar completamente a Frank Lethier.

Su noviazgo con el joven Cedrie Grahan, miembro de una de las familias más ilustres de las islas, coincidió con la salida de una nueva expedición a África dirigida por su padre. La boda se celebraría al regreso del profesor. Al otoño siguiente. Pero...

Llegó el invierno de 1925 y el profesor Corey no solo no había vuelto, sino que desde hacía varios meses no se tenía la menor noticia de él.

Hellen Corey comenzó a impacientarse. Impaciencia que se convirtió en inquietud, más tarde en dolor y finalmente en desesperación cuando una mañana leyó en los periódicos que la expedición de su padre se daba por desaparecida.

Inútilmente trató de consolarla su prometido. Después de un mes de ansiosa espera, cayó en la cuenta de que lo único que había conseguido fue afirmarla en la decisión que tomara en un principio: la de ir ella en busca de su padre.

—Estoy segura de que vive, Cedrie —respondía a cualquier argumento de él para hacerla desistir de su empeño—. Según sus últimas cartas se encontraba en las fuentes del río Kassai, próximo a la región del Lulua, y allí es donde iré yo a buscarle.

—De acuerdo, Hellen —se vio él obligado a decir por fin—. Admito que no se pierde nada con intentarlo. Te acompañaré en esa expedición y rezaré contigo para que aciertes en tus presentimientos.

Rápidamente hicieron todos los preparativos para la marcha. Y dos meses después, al comienzo de la primavera de 1926, Hellen Corey y Cedrie Graban, llegaban a Kabuanga. Según sus informes aquel poblado era el punto de reunión de todos los guías del territorio de Lunda.

Pero una vez allí tropezaron con el primer inconveniente. De los cuatro exploradores blancos cuyos servicios solicitaron para que les guiasen hasta el Lulua, ninguno de ellos quiso aceptar. La sola mención de aquel nombre producía un estremecimiento en quienes lo oían. Los negros se apartaban de ellos en cuanto decían adónde pensaban ir.

—Es inútil, señores —les dijo el más viejo y último de los exploradores que visitaron—. Particularmente yo no me internaría en ese territorio por nada del mundo. Aunque quisiera, de nada me serviría si no ponía disponer de porteadores nativos. Solo existe un hombre en el mundo que se atreva a llevarlos hasta donde ustedes desean. Está a punto de llegar de su última expedición, pero no sé si querrá complacerles. Desde luego, si se niega, lo mejor que pueden hacer es volverse para Inglaterra.

—Esperaremos a ese hombre —dijo Hellen muy decidida—. Estoy dispuesta a ofrecerle una fortuna si accede a servirnos de guía.

—Mal sistema para conseguirlo, señorita. El hombre de quien le hablo ha rechazado ofertas tan buenas como las que pueda hacer usted. Si quiere un consejo, cuando hable con él límitese a exponerle su deseo como si le pidiera un favor. Es de la única forma que podrá convencer a Frank Lethier.

Hellen Corey sintió que se le nublaba la vista.

—¿Cómo... cómo ha dicho usted que se llama ese hombre? —preguntó con un hilo de voz, mientras palidecía su rostro.

—Frank Lethier. Tan solo lleva aquí cinco años, pero no existe otra persona que conozca la selva Africana mejor que él.

Hellen Corey se tambaleó como si hubiera recibido un mazazo en la frente. Pálida y desencajada se apoyó sobre su prometido que, asombrado a más no poder, la oyó murmurar con voz apenas audible:

—¡Frank Lethier! ¡Precisamente Frank Lethier!

CAPÍTULO PRIMERO

La gran cubeta congoleza es uno de los bloques hundidos del continente africano, rodeado de mesetas. El fondo es una ondulada llanura de 400 metros de altitud media y su reborde occidental está formado por los Montes de Cristal, que enlazan con la «serra» angoleza. Al S.E., los montes Mitumba ofrecen una morfología más compleja.

Situada sobre el ecuador, padece un calor uniforme, aunque no excesivo, y sus estaciones no presentan variaciones térmicas de importancia.

Las lluvias caen con extraordinaria intensidad acompañadas de vientos y tornados, y la región es el dominio de la selva virgen.

El río del que recibe su nombre, el Congo, es el segundo del Globo por la extensión de su cuenca y su caudal (de 75 a 80.000 metros cúbicos por segundo). Atraviesa diferentes terrazas y al saltar de una a otra deja de ser navegable, pues forma cascadas.

Nace en la meseta de Katanga con el nombre de Lualaba y recibe al Luvua. En su cruce por el ecuador forma las Santley Falls, a partir de las cuales es navegable durante 1.450 kilómetros, siendo ya el verdadero Congo de los europeos.

Mientras atraviesa la selva virgen es un río inmenso, que deja entre sus aguas un laberinto de islas. Luego, ante los Montes de Cristal, se ensancha aún más, formando el Stanley Pool, en donde termina la navegación, pues franquea el escalón por medio de las 32 cataratas de Livingstone.

Su estuario comienza en Maladi, y el volumen de sus aguas es tal que a una distancia de 20 kilómetros de la costa las aguas del mar son dulces. Recibe numerosos afluentes: Por la derecha el Lukuga, emisario del Tanganika; el Ubangui, formado por el Vele y el M'Bomu. Por la izquierda el Loniami y el Kassai, que con su afluente el San Kuru abren una vía navegable hasta el corazón de África.

La población indígena del Congo la forman multitud de tribus de raza negra dispersas por las cuencas de los innumerables ríos que surcan la selva.

En la cuenca del Kassai, al norte de los baquete, los bacuba, inmigrados de las orillas del Ubangui y Shari, se llaman a sí mismos bushongo, es decir, «gentes del cuchillo arrojado».

Se subdividen en tribus de las que las más importantes son los bambala (la principal), bangundi, bangongo, e isambo.

Los bushongo se visten con cortezas preparadas, usan peinados muy diversos (los pamues y bacalai incluso usan armazones de madera para hacerlos más estrafalarios), se pintan con el polvillo rojo de la madera tucula, se hacen chirlos y se mutilan los dientes.

Las chozas son redondas, de madera y tierra arcillosa, hacia el S, y Levante (lovale, batatela, babihe, etc.). Pero en el resto dominan las rectangulares.

Se protegen el cuerpo con ungüentos de naturaleza diversa: boñiga de vaca, aceite de palmera, grasa animal e incluso humana entre los antropófagos.

Los batatela viven en las dos orillas del Lomani; los bangala hacia la desembocadura del Ubangui; los kalabue a orillas del Lubefu y los bassongo-mino junto al San Kuru.

Pero todos los negros del Congo tienen un patrimonio común: la lengua bantú¹. Aunque existen muchos dialectos: En el Congo medio, los bengueia, bangomba, bápato, basoco, baquele, balolo y babangui del grupo NO, del viejo bantú.

En el grupo occidental del bantú nuevo, existen los bambunda, con el bihe, nano, bangumbi y bañameco. Los bambunda, barotse con el luyi y el ñengo, bambamba, bambengala, ambaca, y el fióte o loango.

Finalmente, en el Congo superior, el huma y el lunda, el luba, ñoca, lulua y yombe.

Casi en todas partes usan tambores. Los batatela han desarrollado con ellos un sistema de telefonía sin hilos que les permite entenderse a grandes distancias.

Es muy corriente la creencia en malos espíritus que toman posesión de una persona y por su medio causan la muerte a otra. Esto da lugar a que el acusado de posesión sea sometido a alguna ordalía, entre las que destaca como más corriente la del veneno².

Algunas tribus del Cuilo y Kassai (las más selváticas), creen en la transmigración. Los pantanos del curso interior del río se los explican cómo formados por las lágrimas del dios Hungka al ver las devastaciones de los «chagas» o «mundequetes».

Y, por último, un detalle cuya ignorancia hace mantenerse en error aún a personas de bastante cultura: contra lo que generalmente se cree, en la región del Congo hay poca caza. De ahí que muchas tribus tengan que alimentarse de lagartos, orugas, hormigas y saltamontes. Esto sin contar con que tienen que trabajar continuamente sus sembrados. En estos sitios la tierra no descansa

jamás. Es necesario un trabajo continuo para alimentar a la población. Por lo tanto, es un error creer que el África ecuatorial es un país que alimenta espontáneamente a sus habitantes.

Naturalmente esto no significa la total ausencia de piezas de caza. Se pueden encontrar hipopótamos, monos, ratas, antílopes, felinos diversos y hasta elefantes y leones, amén de reptiles peligrosos. Pero no con la abundancia que muchos pudieran creer...

Comienza esta narración una calurosa mañana del mes de abril del año 1926 (en África, las temperaturas más frescas son precisamente en agosto y septiembre). A pocas millas al sur de Kabuanga una larga hilera de negros avanza por la selva detrás de un hombre blanco, que camina con gran rapidez.

Son porteadores de un safari que regresa con su guía al poblado de donde partieron dos meses antes. Ahora apenas llevan bultos que les molesten para andar. Sus oscuros cuerpos, aunque sudorosos por el calor reinante, no presentan las señales de fatiga de cuando van cargados. En sus rostros, resaltan las blancas dentaduras al entreabrir los abultados labios que, en perfecta coordinación con los brillantes ojos, muestran la alegría de saberse protegidos por el poderoso *Bwana* Lethier, aumentada por la proximidad, que ya advierten, de su aldea natal.

Para ellos el regreso al *kral* de donde proceden es motivo de algazara. Presienten la fiesta que seguirá a su llegada...

En cambio, el hombre blanco que los guía, el más ducho e intrépido explorador de aquella selva que les rodea, avanza rápido, pero sin que nada en él demuestre el menor contento.

Para Frank Lethier, la vuelta al poblado significa una nueva lucha con sus recuerdos. Una lucha que no cesará hasta que se interne de nuevo en la única cosa que, no obstante pertenecer al género femenino, le ha sido siempre fiel: la selva.

Para él, la selva es la novia más querida. Si lucha con ella y la vence, la satisfacción le es tan dulce como una caricia. Y si alguna vez sale derrotado, es como un acicate que hace ansiar más a la mujer esquiva.

Mientras avanza por el sendero que ya no terminará hasta el mismo Kabuanga, Frank Lethier deja paso libre a sus recuerdos. Ahora ya no es preciso que sus sentidos estén siempre alerta. Ahora puede, y así lo hace, abstraerse de cuanto le rodea para recogerse en sí mismo, aún a sabiendas de que no logrará otra cosa que torturarse.

Y así llega al poblado. Su poderosa anatomía, erguida y desafiante cuando se encuentra en plena selva, aparece ahora con

los poderosos hombros hundidos y un gesto de apática dejadez en su semblante. Su paso elástico y felino se ha convertido en pesado y lento. Inconscientemente da las últimas órdenes a los porteadores que gritan jubilosos. Después, con gesto cansino y el paso lento se dirige hacia la gran choza que es su casa.

Su fiel *mulak* Bosambo se le ha adelantado para prepararle el baño. Levanta la estera de palma que hace las veces de cortina, y el explorador, apenas cruzado el umbral, se estremece súbitamente como sacudido por una descarga eléctrica.

—¡Bosambo! —grita, mientras las aletas de su nariz vibran al aspirar el aire con fruición y curiosidad a un tiempo—. ¿De dónde has sacado ese perfume que huelo?

* * *

Hellen Corey y Cedrie Grahane se encontraban en el departamento contiguo cuando Frank Lethier pronunció aquellas palabras. Los dos jóvenes se miraron extrañados el uno al otro, sorprendidos por el tono casi angustioso de aquella voz.

Siguieron unos segundos durante los cuales se oyó al negro decir algo en un lenguaje que ellos no entendían y después, como empujada por un vendaval, la cortina que separaba aquella habitación de la otra cercana a la puerta exterior se apartó violentamente a un lado para dar paso a un hombre.

No representaba más de treinta y cinco años de edad. En realidad, no los había cumplido todavía, pero todo él emanaba energía y poderosa vitalidad. Su piel tostada y curtida por el sol parecía más bien de bronce. De alta estatura, debía poseer en sus proporcionados miembros la elasticidad de un felino.

En su rostro virilmente hermoso, los ojos, grandes y negrísimos, relucían en aquel momento con extraordinaria intensidad. Vestía pantalón *brick* embutido en suaves y gastadas botas de piel; camisa caqui, en la que sobre cada uno de sus bolsillos se veían engarzados tres proyectiles de rifle, y un pañuelo empapado de polvo y sudor anudado al cuello.

Rodeándole la cintura llevaba una canana de la que pendía la funda conteniendo un revólver «Boyal», calibre .38. Finalmente, en la mano izquierda sostenía un deteriorado salacot con el que debía resguardarse la cabeza de los rayos del sol.

Erguido y majestuoso, no parecía ya el mismo que momentos antes había atravesado el poblado camino de su casa. Borrado su decaimiento por una mano invisible, Frank Lethier volvía a ser el

poderoso *Bwana* de la selva. Un buen observador habría sacado la impresión de que se disponía a afrontar un peligro.

Y no se hubiera equivocado.

Para Frank Lethier no existía mayor peligro que el de verse de nuevo ante Hellen Corey. Y no es que le hubieran dicho que se encontraba allí. Le había bastado percibir su perfume para estar seguro de quién era la persona que iba a encontrar.

Sin embargo, nada en su figura externa demostró el torbellino de pensamientos que le embargaban. Sus inquisitivos ojos recorrieron una y otra vez la figura de la mujer que le contemplaba también entre curiosa y asustada. Después hizo lo mismo, aunque poniendo menos atención, con su acompañante, que se había levantado al verle entrar.

Hellen Corey trató de imitar a su prometido, pero agarrotadas las piernas por una desconocida emoción, no consiguió moverse.

Cuando poco antes vio la violencia con que fue apartada la cortina para que el recién llegado pudiera entrar, su primer pensamiento fue el de que, al cabo de cinco años y pico, Frank Lethier se proponía devolverle golpe por golpe.

Pero no fue así. Aparte de la intensa mirada con que la observó durante unos segundos, ni siquiera dio a entender que la había reconocido. La única señal visible de que aquel encuentro le había impresionado, era la ligera vibración de las aletas de su nariz. Pero nada más. Luego...

Sereno como siempre lo había visto en Londres, rompió por fin aquel silencio que se iba haciendo insostenible para decir, con voz perfectamente normal y dirigiéndose a ella:

—Confieso que no esperaba verla por aquí, señorita Corey. ¿O acaso he de llamarla señora? ¿No? De acuerdo. No perdamos más tiempo entonces y vayamos al grano; ¿A qué se debe el honor de su visita?

Era una forma un poco ruda de dirigirse a ella. Pero la muchacha no se ofendió.

—Estoy aquí para... para pedirle un favor, señor Lethier —respondió al fin, haciendo verdaderos esfuerzos por serenarse—. Llegamos hace dos días con la intención de continuar hasta las fuentes del Lulua, pero ninguno de los cuatro exploradores blancos del poblado se atreve a acompañarnos.

—Y hacen muy bien. No me explico en qué se fundan ustedes para esperar que yo les diga lo contrario.

—Según ellos —siguió diciendo la joven, pasando por alto las palabras de él—, usted es el único que podría conseguir porteadores

que se atrevieran a internarse en ese territorio. Nosotros hemos traído todo lo necesario. Pero nos falta un guía y brazos para llevar el material. ¡Si usted quisiera...!

—Lo siento, señorita —la atajó el explorador, sin dejarla acabar—. Elijan otro destino para su excursión y encontrarán todos los guías que precisen... menos a mí.

Cedrie Grahán, rubio y esbelto, elegantísimo en el porte, pero cuyo rostro reflejaba cierta impaciencia, creyó llegado el momento de intervenir.

—Perdón, señor Lethier —se dirigió al explorador—. Mi prometida está tan preocupada que ha olvidado decirle lo más importante: No queremos ir a la región del Lulua en plan de excursión. Lo que pretendemos es tratar de hallar el paradero del profesor Corey, que desapareció por allí hace medio año.

Frank demostró su sorpresa al preguntar:

—¿Ha dicho usted el profesor Corey?

—Eso he dicho. Se le da por desaparecido, pero su hija tiene el presentimiento de que vive. En sus últimas cartas mencionaba las fuentes del Lulua y esa es la razón de que queramos ir allí.

Durante unos segundos, el explorador guardó silencio. Taladró con la vista a los dos que tenía delante.

—¿Puedo ver alguna de esas cartas que acaba de mencionar su prometido, señorita Corey? —preguntó de pronto, dirigiéndose a la joven.

—Naturalmente. Aquí las tiene todas.

Tomando el paquete de cartas que le entregaban, Frank Lethier se sentó ante una mesa y empezó a leerlas. Frente a él, contemplándole con ojos inquietos y llenos de aprensión, Hellen Corey seguía todos sus gestos desde la hamaca donde se encontraba. Cedrie Grahán, de pie, se había acercado a ella.

Durante diez largos minutos, ninguno abrió la boca para decir nada. Fue precisamente el cazador quien, después de haber leído las cartas, dijo:

—Efectivamente. No hay duda de que el profesor estuvo en la región del Lulua. Lo que no sabemos es si salió de allí antes de que se corriera la noticia de su desaparición.

—No es fácil —respondió rápidamente Hellen Corey—. De haber sido así, me lo habría enviado a decir. Teníamos acordado que antes de cambiar de sitio me lo comunicaría siempre para así estar yo al corriente de su paradero. Era la única forma de tenerme tranquila. Además, usted ya estuvo con él durante una de sus expediciones y debe saberlo. ¿No era eso lo que hacía?

—En efecto. Recuerdo que siempre le escribía a usted un par de días antes de cambiar de lugar. De todas formas...

Interrumpióse de pronto para clavar su mirada en los ansiosos ojos de la joven y añadió, cambiando bruscamente de conversación:

—Voy a serle sincero, señorita Corey. Si se tratara de hacerle un favor directamente a usted, puede estar segura de que no movería un solo dedo. Por nada del mundo quisiera ponerla, en el compromiso de que me tuviera que estar agradecida. Pero se trata de su padre y eso varía la cuestión. Debo demasiado al profesor Corey para abandonarle cuando me necesita.

Hizo una pausa para mirar ahora a los dos y anunció:

—Saldremos dentro de tres días. En menos tiempo es imposible organizarlo todo.

Hellen Corey se puso en pie de un brinco.

—Entonces, ¿quiere decir que acepta llevarnos? —indagó, rebosante de alegría.

—Quiero decir que les permitiré acompañarme. La expedición será totalmente mía.

—¡Cómo! —exclamó Cedrie Grahman, sin poder contenerse—. ¿Prescindirá usted de lo que nosotros hemos traído?

—No. Lo que haré será comprárselo.

—No le entiendo. ¿Por qué quiere hacer eso?

—Para evitar que la señorita Corey pueda pensar que me aprovechaba de ustedes. Ahora decidan lo que más les convenga. Pero si no aceptan mis condiciones, seré yo solo quien vaya en busca del profesor.

La pareja de prometidos se consultó con la vista.

—De acuerdo, señor Lethier —respondió por fin la joven—. Sea como usted dice. Lo que a mí me interesa es encontrar a mi padre.

CAPÍTULO II

Una semana más tarde, la expedición de Frank Lethier alcanzaba el corazón del Muatayambo³. Llevaba cuatro días avanzando a través de la selva, sin otro inconveniente que el calor y los mosquitos.

Hellen Corey y su prometido caminaban entre los *mulaks* que el explorador había designado, ligeramente rezagados del jefe de la expedición. Hubieran querido hacerlo más próximos a Frank Lethier, pero este no se lo permitió a pesar de todos sus intentos.

Las únicas ocasiones en que podían hablar con él se daban durante el tiempo comprendido entre la hora de la cena y aquella en que se retiraban a descansar. Y eso porque el explorador no tenía más remedio que admitir su proximidad ya que había ordenado que les levantaran las tiendas junto a la suya. Pero aquel día...

Cuando menos se lo esperaban, Frank Lethier se acercó a ellos.

—Colóquense en cabeza conmigo —les dijo—. Vamos a llegar a un poblado baluba y no quiero exponerme.

En el rostro de Hellen Corey se pintó un gesto de temor.

—¿Tan pronto empiezan los peligros? —indagó.

—En la selva, los peligros no empiezan ni terminan —respondió el cazador—. Constituye y forman parte de su ambiente... Sígueme.

Al cabo de un par de horas de caminar en silencio, tropezaron con un riachuelo que les cerraba el paso. En sus orillas crecían árboles revestidos de bejucos y otras plantas que casi cubrían sus troncos. El suelo, pantanoso ahora, despedía vapores que dificultaban el respirar. Y para colmo de males, por doquier pululaban los insectos.

—El kral se encuentra detrás de aquellos árboles pasada la otra orilla —anunció el explorador, señalando con el brazo extendido hacia adelante—. Hubiera preferido no tener que pasar por él, pero tardaríamos dos días más, si quisiéramos evitarlo... Vamos.

Metióse en el agua que no le llegaba más que a las rodillas y empezó a vadear el arroyo. Le siguió su fiel *mulak* Bosambo y a continuación Hellen Corey y su prometido. Los portadores y los otros dos *mulaks* lo hicieron los últimos.

—No se preocupe por sus ropas, señorita —habló el explorador a la joven, cuando llegaron al otro lado—. Antes de entrar en ese poblado estarán completamente secas. Y eso que no tardaremos

mucho. ¿Oye los tambores? Pues es la señal de que nos han descubierto. Aunque no lo crea, cerca de un centenar de ojos nos están vigilando... ¡Cuidado! No mire a ningún sitio y continúe como si tal cosa. Lo peor que puede hacer es demostrar que tiene miedo.

Avanzando ahora por una especie de sendero abierto entre la maleza, Frank Lethier y los que le seguían recorrieron algo más de media milla. Y de pronto, ante sus ojos apareció una alta empalizada de troncos.

Un poco a la izquierda se veía en la cerca un hueco por el que en aquel momento salía una larga fila de guerreros negros, todos los cuales mostraban en sus brazos gran cantidad de brazaletes, cubriéndose las caderas con un trozo de piel curtida, y llevando pendientes de su cintura una pipa y varios manojos de plantas secas.

El que iba en cabeza levantó la azagaya y el escudo que empuñaba, como ordenándoles hacer alto.

Pero Frank Lethier siguió su camino, mientras tomaba de las manos de Bosambo su «mataelefantes»⁴, hasta llegar frente al jefe de los guerreros baluba.

Casi al mismo tiempo, como si brotaran del suelo, otras dos hileras de negros armados aparecieron una a cada lado del sendero que ellos ocupaban.

Pero el explorador no pareció dar importancia a aquello. Levantando en el aire el pesado rifle que llevaba en la mano izquierda, con la derecha señaló hacia el norte y pronunció unas palabras en dialecto balub.

Desde donde se encontraban, Hellen Corey y Cedrie Grahان vieron perfectamente cómo, apenas había hablado el explorador, el jefe de los guerreros asentía con la cabeza para, a continuación, saludar a Lethier de una forma harto rara para ellos.

Primero se sujetaron los pulgares, luego chocaron las palmas, otra vez los pulgares, y de nuevo las palmas.

Después de aquello, el negro lanzó un grito y seguido de los demás guerreros se precipitó corriendo en el interior de la empalizada. Casi al mismo tiempo los tambores dejaron de sonar.

Frank Lethier retrocedió unos pasos hasta acercarse a Hellen y su prometido.

—Ahora tengan mucho cuidado —les advirtió—. Vean lo que vean han de procurar no impresionarse. Trataré de evitarles el espectáculo, pero no sé si lo conseguiré... Vamos.

Atravesaron la cerca de troncos que rodeaba el poblado y poco después llegaban a la *kiota*⁵. Al fondo de ella, en una especie de

trono hecho de maderas y corteza de árbol, se sentaba el cacique Kongoni rodeado de sus *kilolo*⁶. Los guerreros que les habían salido al encuentro aparecían ahora de pie, apoyados sobre sus azagayas y escudos.

Frank Lethier habló unas palabras en voz baja con Bosambo y este se internó entre los portadores. Segundos después, dos de ellos abandonaban la formación y se aproximaban al explorador, llevando sobre sus cabezas los bultos que conducían.

Con ellos a su lado, Frank Lethier avanzó hasta el trono.

—Un bulto para ti y otro para que se lo reparta tu pueblo, Kongani —dijo al cacique negro—. Cómo puedes ver no me he olvidado de traer regalos.

Los ojillos del negro brillaron. Respondió:

—Kongani tenerte siempre por amigo, *Bwana* Lethier. Precisamente estaba pensando en ti, cuando me anunciaron tu llegada. Espero que tú y los tuyos asistiréis a la fiesta que va a dar comienzo.

—Te lo agradezco de veras, Kongoni. Pero si lo permites asistiré yo solo a ella. Mis amigos blancos se encuentran muy cansados.

—Les sobraré tiempo para dormir. Diles que ocupen un sitio en el corro.

Y Hellen Corey y su prometida se vieron obligados a presenciar una fiesta entre los baluba.

Para la muchacha sobre todo fue un verdadero suplicio. Al estrepitoso batir de los tambores, las danzas de los Bena-Riamba⁷ eran más bien contorsiones epilépticas producidas por las constantes chupadas que daban a la monumental pipa cargada de encendido cáñamo, que habían colocado en el centro de la plazoleta. Incansablemente, organizando un pugilato entre ellos a ver quién tragaba más humo, cuando se veían obligados a dejar la gran cachimba general, recurrían a la suya propia. Lo importante era no dejar de fumar.

Y así durante varias horas. Hasta que enturbiados sus cerebros por aquel humo que producía la más abyecta locura, uno a uno iban rodando por el suelo, destruida su memoria, rotos los nervios y desquiciados sus sentidos.

Entonces les llegó el turno a los menos fanáticos. Fumaban también riamba, pero con cierta cordura. En vez de danzar, en el imponente silencio que siguió al estruendo de poco antes, cada uno se dedicó a hacer viajes a una pequeña alberca cercana y desde ella, en recipientes contruidos de barro, transportar agua que iban derramando sobre los caídos. El espectáculo era denigrante y

escandaloso. Horrible en toda la extensión de la palabra.

Hombres semidesnudos, posesos de una locura voluntaria que les condenaba a una muerte lenta y denigrante, se revolcaban por el suelo lanzando alaridos que ponían los pelos de punta. La mayoría ni siquiera parecían sentir la frialdad del agua que tiraban sobre ellos.

Seguían arrastrándose por tierra presos de frenéticas convulsiones. Se golpeaban las cabezas; se clavaban las uñas en los desorbitados ojos produciéndose horribles heridas; se mordían los dedos de la mano entre los que sujetaban la pipa que, a pesar de todo no soltaban, hasta que los vencía por completo, bien fuera el intenso dolor, o la pérdida total de los sentidos.

Así celebraban sus orgías los «hijos del cáñamo»⁸.

Cuando al salir la luna, Kongoni dio la fiesta por terminada, Frank Lethier se acercó a Hellen Corey para, por primera vez desde que habían salido de Kabuanga, tener una atención con ella.

—Ha sido usted muy valiente. La felicito. Lo que tiene que procurar ahora es dormir y hacerse la cuenta de que ha sufrido una pesadilla... Vamos. La acompañaré hasta su tienda. El señor Graham y yo hemos de charlar un rato antes de acostarnos.

Poco después, acomodada ya la joven en su alojamiento, el explorador decía al aristócrata:

—Ahora que todavía estamos a tiempo, voy a darle un consejo, señor Graban. Vuélvanse ustedes y déjenme a mí solo buscar al profesor. Lo que han visto esta noche ha sido un espectáculo sin importancia comparado con lo que podrían ver en territorio lulua. A partir de aquí, nadie más nos invitará a hacer de espectadores. En cualquier fiesta en que se nos quiera hacer tomar parte, seremos los actores principales... Hágame caso. Hable mañana con ella y trate de convencerla. Sengo y Botoli se encargarían de acompañarles hasta Kabuanga.

Cedrie Graban no hizo nada por interrumpir al explorador. Pero cuando este hubo terminado de hablar, respondió:

—Sé muy bien que ella no querrá retroceder, señor Lethier. Está decidida a seguir adelante y lo hará. Es una muchacha muy valiente. Usted mismo lo ha reconocido.

—Cierto —admitió el explorador—. Pero la valentía no lo es todo en la selva. La traición acecha en todas partes. En cuanto salgamos de aquí los bassongo-mino tratarán de cortarnos el paso. La selva en pleno se aliará contra nosotros. El clima, las fieras y los insectos nos atacarán implacablemente. Los mismos nativos que nos acompañan muestran en sus ojos el pánico que les produce seguir adelante. Tan

solo yo puedo contenerlos. Y yo pregunto: ¿No le parece que son demasiados peligros para una mujer?

—En efecto. Pero todos esos argumentos ya los empleé con ella en Londres y no hubo manera de hacerla desistir.

Frank Lethier sabía que el aristócrata decía la verdad. El mismo había advertido, en aquellos pocos días que llevaba con la muchacha, que su temple era de los que no se doblegan jamás. Antes bien: las adversidades y obstáculos que pudieran salirle al paso no conseguirían otra cosa que estimular más su ánimo.

—De todas formas, inténtelo una vez más —insistió, mientras alargaba una mano al joven Graban—. Retrasaré la salida un par de horas para que disponga de tiempo suficiente... Buenas noches.

Pero a la mañana siguiente no hubo necesidad de retrasar la salida de la expedición. A las primeras palabras de su prometido insinuándole la conveniencia de regresar a Kabuanga, Hellen Corey le atajó con un gesto y, muy decidida, marchó en busca del explorador.

—Cuando quiera podemos emprender la marcha, señor Lethier —le dijo, sin andarse con rodeos—. No me asustan los bassongomino ni nadie. Seguiré con ustedes hasta el fin.

Frank Lethier no pudo disimular una mirada de admiración al oírla. Brillantes los ojos y agitado su seno por el ímpetu de su excitación, la muchacha estaba magnífica en su arrogancia. Parecía exactamente una Bradamante⁹ en plena lucha. Aunada la belleza de su cuerpo con la poderosa vitalidad de su juventud impulsiva y enérgica, no se notaba en ella el menor síntoma de vacilación. Estaba decidida a seguir adelante y nada en el mundo sería capaz de hacerla desistir.

—De acuerdo, señorita —respondió el explorador, teniendo que esforzarse para mantener la rudeza que viniera empleando con ella desde que la encontró en su casa—. Pero luego no diga que no la advertí a tiempo. Allá usted.

Al medio día habían dejado muy atrás el poblado de los baluba. Avanzaban ahora por un terreno menos pantanoso, aunque más intrincado. Los porteadores tenían que hacer verdaderos equilibrios para eludir los encontronazos con las ramas y lianas que, como gigantesca tela de araña, parecían querer cerrarles el paso.

Así caminaron durante tres horas. Empapados de sudor y martirizados por el continuo ataque de los mosquitos, su avance hacia el Norte iba siendo cada vez más lento.

La tarde empezaba a declinar cuando alcanzaron un pequeño calvero. Y de pronto...

Frank Lethier que como de costumbre iba en cabeza, se detuvo en seco con los músculos en tensión y con los ojos muy abiertos.

Los que le seguían, paralizados también al advertir la inmovilidad del guía, percibieron el interés con que miraba hacia un lugar determinado del árbol que tenía enfrente. Luego, retrasando la mano izquierda hacia atrás, en gesto notablemente sigiloso y estudiado, como si no fuera la primera vez que lo hacía, le vieron permanecer un segundo sin moverlo. Un segundo que fue lo que tardó su *mulak* Bosambo en entregarle un rifle. Casi al mismo tiempo...

Hellen Corey dejó escapar un grito de terror. Varios porteadores soltaron sus bultos y echaron a correr. Los demás, incluyendo a Cedrie Grahman, parecían haber echado raíces en sus pies. Con los ojos muy abiertos, en los que se retrataba un verdadero pánico, miraban como hipnotizados hacia el árbol que había acaparado la atención del explorador. Allí, de pie sobre una de sus ramas más bajas...

Un ser gigantesco, de brazos largos y musculosos, con poderoso pecho cubierto de dura callosidad, mostraba su espantosa figura peluda y recia. En su semblante bestial, de frente estrecha y nariz achatada brillaban unos ojillos rabiosos e inyectados en sangre.

Tenían ante ellos a uno de los reyes de la selva: al temible gorila gigante del Luebo; el «rompehuesos» de los bahuana y bayauci.

Durante unos segundos, los justos para apartar con los nervudos brazos las ramas que hasta entonces le habían ocultado, permaneció, irritados los ojos y abombando el poderoso tórax, observando a Frank Lethier, que era el que tenía más cerca.

Luego, antes de que el explorador tuviera tiempo de utilizar el rifle, emitió un potentísimo alarido que retumbó en la selva, y desapareció de la vista de los expedicionarios.

Al instante, la selva entera pareció enmudecer. Súbitamente, todos recibieron la impresión de que una campana de cristal los cubría sumiéndolos en el vacío.

A excepción de las hojas que movía el viento, no se percibía el menor ruido animal.

Los chillones monos, los papagayos y multitud de aves que poblaban el reino de las lianas, las ardillas, e incluso las otras fieras que anidaban entre la maleza, se sumieron en profundo silencio, aterrados sin duda por aquel grito escalofriante.

Hellen Corey, con las manos sobre los ojos y la garganta reseca por la momentánea paralización de sus glándulas salivares, había caído de rodillas al suelo, al faltarle fuerzas para mantenerse en pie.

Los porteadores parecían estatuas de piedra. Cedrie Grahán, que había contemplado impasible el embrutecimiento de los Bena-Riamba, tampoco se salvó de aquel ataque de miedo colectivo.

Más que la visión del enorme gorila, lo que acabó por aterrorizarles fue su espantoso grito.

Hacía ya un par de minutos que se había extinguido su eco y todavía seguían todos petrificados. Mejor dicho, todos no. Frank Lethier se mantenía imperturbable en su sitio. Atento a los escasos rumores que ahora dejaba escapar la selva, observando, rifle en ristre, los menores movimientos de la maleza y los árboles.

Después, cuando al cabo de varios minutos más, los animales empezaron a dar señales de vida, el cazador abandonó su vigilante postura para retroceder hacia donde habían quedado los otros.

—Vamos, vamos —dijo, con voz perfectamente normal, tratando de animar a Hellen Corey al mismo tiempo que la ayudaba a levantarse—. De momento no debe temer nada. Confieso que no esperaba encontrar un ejemplar de gorila como ese por aquí. Pero así y todo no hay motivo para que se asuste tanto... Y lo mismo le digo a usted, señor Grahán —se dirigió ahora al aristócrata que, recuperado en parte, miraba preocupado a su prometida—. Si la simple visión de un «rompeshuesos» les impresiona tanto, ¿qué será si tenemos la desgracia de caer en manos de los bayauci?

—¿Quiénes son los bayauci? —preguntó Hellen Corey, recobrando el uso de la palabra—. ¿Gritan también como ese gorila?

—Sus gritos no son tan aterradores —respondió el explorador, muy serio—. Pero lo que sigue a ellos sí. Los bayauci son los más feroces cazadores de la selva. Se sirven de los pigmeos *uambutti*¹⁰ para rastrear a sus presas y cuando las tienen cercadas las atacan en masa para cogerlas vivas. Después conducen los prisioneros a su kral ambulante; los someten a una infinidad de torturas y por último se los comen.

—¿Quiere decir que son caníbales?

—Y caníbales por sibaritismo, que es lo malo. En un principio, junto con los batatela, bambala del norte y bahuana, debido a la escasez de sal en su territorio, tuvieron que recurrir a la carne humana (la más rica en sales) como único medio de combatir la avitaminosis cloral. Pero los bayauci le tomaron tanto gusto a lo que comenzó como instintivo medio de conservación, que a partir de entonces practican el canibalismo por placer. Se mueven de un lado a otro de la selva con sus minúsculos rastreadores en busca de la caza más preciosa para ellos: la del hombre.

—¿Cree usted que tropezaremos con ellos, señor Lethier? —preguntó Cedrie.

—Ojalá me equivocara, señor Graban. Pero la presencia aquí de ese gorila es la más clara señal de que ellos no están muy lejos. Dondequiera que se encuentre un «rompehuesos» hay también bayauci.

—¿Qué opina usted que hagamos entonces? ¿Seguir adelante o retroceder?

—Por lo pronto ninguna de las dos cosas. Acamparemos aquí mientras trato de cazar a ese gorila. Si lo consigo podremos continuar sin que los bayauci nos molesten.

—¿Cómo está tan seguro?

—Muy sencillo. Porque los bayauci consideran al gorila del Luebo como su dios de la caza. Si podemos apoderarnos de su piel, pueden estar seguros de que ni siquiera se acercarán a nosotros... ¡Bosambo!

El *mulak* del explorador, todavía temblando por el susto que había recibido, se acercó corriendo.

—Di a los demás que acamparemos aquí esta noche —ordenó Lethier, con energía suficiente para que le oyeran todos—. Sengo y Botoli levantarán las tiendas. Tú te encargarás de que los porteadores caven a nuestro alrededor un cerco de hopos¹¹. ¿Entendidos?

—Sí, *Bwana*. Se hará todo como dices. ¿Te llevo el rifle?

—No. Hasta que no haya atrapado al peludo «rompehuesos» lo tendré yo. Anda. Ve a hacer lo que te he dicho. Dentro de dos horas empezará a oscurecer.

Rápidamente todos los miembros de la expedición se pusieron en movimiento. Mientras unos despejaban el terreno para montar las tiendas, otros se dedicaban a abrir zanjas alrededor de lo que sería el campamento. Aquellas profundas zanjas serían los hopos que, a modo de fosos, impedirían a los expedicionarios ser sorprendidos por hombres o fieras que quisieran entrar en el cerco.

Frank Lethier inspeccionó lo que los demás iban haciendo. Y cuando comprobó que sus órdenes serían cumplidas a la perfección, se encaminó hacia su tienda, después de advertir a Cedrie Grahman:

—Despiérteme cuando esté todo listo. Tardarán un par de horas, que es el tiempo que necesito dormir para estar esta noche despejado.

Cuando llegado el momento oportuno, Cedrie Grahman apartó a un lado la cortina de la tienda del cazador, para despertarle, este se disponía ya a salir.

—No se extraña —explicó Lethier, al advertir, a pesar de la oscuridad que reinaba dentro, el gesto de sorpresa que hacía el aristócrata—. Oí sus pisadas y comprendí que venía a llamarme... ¿Y la señorita Corey?

—Está preparando la cena. Hemos encendido una fogata y...

Frank Lethier no le dejó terminar. Con cierta rudeza le apartó de la entrada, y pasando por delante de él, salió corriendo en dirección a la hoguera que ardía en el centro del campamento.

—¡Bosambo! ¡Botoli! —gritó, al tiempo que, sin dar explicaciones, cogía por un brazo a Hellen Corey y la arrastraba hacia las sombras. Vio después como los dos *mulaks* corrían a su encuentro y ordenó, antes de que se le reunieran:

—Apagar esa hoguera. ¡Pronto!

En pocos minutos, el campamento quedó casi a oscuras. Los últimos rayos de sol de aquel día, dada su oblicuidad, resultaban insuficientes para alumbrar la creciente penumbra que reinaba bajo los árboles.

—¿Qué ocurre, señor Lethier? —preguntó la muchacha—. ¿Por qué ha hecho apagar la hoguera? Siempre he oído decir que el fuego es un magnífico medio para espantar a las fieras.

—Sí. Pero también sirve para atraer a los uambutti ¿Cuánto tiempo hace que la encendieron?

—No mucho. Diez minutos escasos.

—Suficiente para que nos hayan descubierto. Escúcheme bien, señorita. Y usted también, señor Graban —se dirigió al que en aquel momento acababa de reunirse a ellos—. Cuando ordené que cavaran hopos alrededor del campamento, lo hice precisamente para no tener necesidad de encender fuego. Cualquier fiera que se acerque a nosotros caerá sobre las estacas del fondo y se matará. Por lo tanto, no tienen que temer nada a ese respecto. Ahora bien. No me extrañaría nada que ese gorila volviera a visitarnos... si no lo hacen antes los bayauci. En el primer caso no deben olvidar que para el «rompehuesos» no sirven de nada los hopos. Se acercará por los árboles y destrozará al que caiga en sus manos. Por eso me fui antes a dormir un rato. Quiero ser yo quien le reciba. Nuestra salvación depende de su peluda piel. Pero si no la conseguimos esta misma noche, lo que es mañana ya no la necesitaremos. ¿Comprenden ahora por qué hice apagar la hoguera? Con el fuego encendido no se dejaría ver y...

Percibió el estremecimiento que recorría el cuerpo de la muchacha y suavizando el tono de su voz, cambió bruscamente de conversación.

—Diré a Bosambo que nos sirva la cena ahora mismo. Lo haremos deprisa para que en cuanto sea completamente de noche no se oiga el menor ruido en el campamento... Espérenme aquí.

Cuando regresó lo hizo acompañado de Bosambo y los otros dos *mulaks*. El primero traía una mesa portátil, y Botoli y Sengo la cena que Hellen Corey había estado preparando.

Comieron con buen apetito, en una oscuridad que se iba acentuando por momentos. Pero no volvió a mencionarse la conversación que habían tenido poco antes. Una vez que lo intentó la joven, el explorador evadió la respuesta, indicándola que guardara silencio.

Por su parte, los demás negros que componían el safari tampoco hacían el menor ruido. Frank Lethier había hablado con ellos y se mantenían estrechamente unidos en un corro frente a las tiendas, sin atreverse casi a respirar. De los cinco que habían salido huyendo cuando la aparición del gorila, solo habían regresado dos. Los otros debían haber continuado corriendo.

Y por fin se hizo completamente de noche. El explorador indicó a la pareja de prometidos que se retiraran a descansar. Una vez solo tomó el «mataelefantes» entre sus manos y fue a tumbarse boca arriba en el mismo centro del campamento, dando frente al árbol desde el que, horas antes, se había mostrado el gorila.

Para cualquiera que le observara desde la maleza o los árboles, el explorador dormía como los demás. Pero no era así. Frank Lethier estaba más despierto que nunca. Entornados los ojos, hábito que había adquirido a costa de gran trabajo y paciencia, todos sus sentidos se encontraban alerta.

La experiencia le había demostrado que un centinela con los ojos totalmente abiertos se cansa mucho antes que manteniéndolos semicerrados. La única dificultad estribaba en saber acostumbrarse a dominar los párpados. De lo contrario se exponía uno a ser vencido por el sueño y cerrarlos del todo.

Pero esto no le ocurría a él. Cinco años de práctica le permitían ahora permanecer vigilante y atento, dando a la vez la sensación de estar dormido.

Durante las dos primeras horas ni siquiera cambió de postura. Algún que otro murciélago revoloteó por encima del campamento. Luego oyó el cercano ladrido de una hiena que erraba por entre la maleza buscando carroña que devorar. El lenguaje nocturno de la selva, que él conocía tan bien, era perfectamente normal. Y, sin embargo...

Frank Lethier estaba seguro de que los bayauci no andaban muy

lejos de allí. Su instinto de cazador nato no podía engañarle. Lo que no comprendía era por qué no se acercaban más.

Pero la explicación de aquel misterio llegó hasta él en forma de una brisa de aire. Una brisa distinta a las demás. Una ráfaga repentina y palpable que en el acto lo aclaró todo.

Se trataba de una bocanada del harmatán¹². Lo descubrió al notar el imperceptible polvo que súbitamente arañó su rostro. Y aquel polvo estaba impregnado del característico olor que despiden los grandes monos.

Ya no había duda. Los uambutti o bayauci que rodeaban el campamento, no se atrevían a aproximarse por respeto a aquel olor, sagrado para ellos.

Pero es que además significaba otra cosa: Que el gorila se encontraba por allí cerca, convirtiendo aquel lugar en tabú para los salvajes antropófagos.

Llegada a esta conclusión, Frank Lethier cambió por primera vez de postura. Ahora se colocó de costado, con el cañón del rifle señalando a la tienda donde dormía Hellen Corey, detrás de la cual se levantaba el árbol objeto de su máxima atención.

Y siguió esperando. Menos reconcentrado que hasta entonces, pero alerta siempre.

La tienda de la muchacha parecía atraerle ahora como si fuera un imán. Bajo aquel toldo se encontraba la mujer que era toda su vida. Pero una mujer que, además de haberse prometido a otro hombre, había propalado a los cuatro vientos la aversión que sentía hacia él.

Por ella había abandonado la civilización, sacrificando un magnífico porvenir. Y por ella, siempre ella, se estaba jugando la vida adentrándose en el más salvaje de los territorios.

De nada le servía disimular su amargura con aquella máscara de dureza que ponía en su trato con ella. Le era totalmente imposible zafarse a su hechizo, y cada minuto que transcurría a su lado aumentaba el ardor de su pasión.

El pensamiento de que podía caer en manos de los bayauci le torturaba desde la tarde anterior. Y, por otra parte, ¿sería tan hermoso morir juntos!

De pronto, su mano derecha se crispó sobre la caja del rifle. Sus meditaciones no le habían hecho olvidar su vigilancia. El ligero roce de algo que se movía entre las ramas del árbol que observaba fue captado por sus oídos.

Alerta los sentidos y con los músculos tensos dispuestos para entrar en acción, escudriñó a través de los párpados, hacia el lugar

donde había sonado el ruido. Pacientemente dejó que transcurriera el tiempo. Y de súbito, cuando más concentrado estaba...

Exactamente en la misma rama donde se dejara ver por la tarde, el monstruoso gorila del Luebo asomó su peluda cabezota. Un rayo de luna de los pocos que atravesaban la tupida fronda de las copas de los árboles, daba de lleno en su bestial rostro cuyos ojillos, fieros e irritados, miraban hacia la tienda que se veía por debajo de él.

Frank Lethier, completamente inmóvil en su sitio, le vio olfatear el aire durante unos segundos. Luego, apartando con sus musculosos brazos las ramas que le ocultaban, se mostró, por entero.

Frank Lethier, con movimiento casi imperceptible fue colocándose el rifle en posición de utilizarlo. Al mismo tiempo seguía observando al enorme cuadrúmano que, como atraído por algo que le obsesionara, no dejaba de husmear en el aire.

Y por fin, localizado ya lo que debía buscar, súbitamente se puso en movimiento. Balanceando su gigantesca mole en el aire, de un agilísimo salto fue a caer delante de la tienda ocupada por Hellen Corey.

Ahora daba la espalda al cazador. Pero Frank Lethier sabía dónde debía apuntarle para acabar con él de un solo disparo. Todo dependía de su buen pulso.

Sereno y confiado, en la misma postura en que se hallaba, levantó el «mataelefantes» dispuesto a disparar. Y ya iba a apretar el gatillo, cuando...

En el silencioso calvero donde estaba instalado el campamento, un grito de infrahumano terror se elevó en el aire. Al oírlo, el gorila giró bruscamente sobre sí mismo para mirar hacia el que había gritado: Uno de los negros que, enloquecido al abrir los ojos y descubrir al temible «Bolgani», se había levantado para echar a correr despavorido.

Al instante, todo el campamento despertó de su sueño. Los aterrorizados porteadores unieron sus gritos al del que en aquel momento se precipitaba en uno de los hopos. El marmagnum que se armó fue tan grande que el gorila, desconcertado por aquel súbito estruendo, permaneció unos segundos mirando a su alrededor sin saber qué hacer.

Por su parte, rechinando los dientes de rabia ante aquel estrépito que podía echarlo todo a perder, Frank Lethier seguía con el punto de mira buscando el blanco donde herir al gorila de muerte. Pero el animal se movía tanto que le hacía prácticamente imposible intentarlo. Y el caso era que tenía que conseguirlo antes

de verlo desaparecer entre los árboles.

Para colmo de males, en aquel momento ocurrió lo peor. Cuando el cazador iba a apretar el gatillo, La lona que cerraba la tienda junto a la que se movía el gigantesco cuadrúmano, se abrió, y Hellen Corey apareció en el hueco.

El grito que brotó de sus labios al descubrir a la fiera tan cerca de ella atrajo la atención del gorila que, como si fuese aquello lo que esperaba, moviéndose con extraordinaria rapidez a pesar de su corpulencia, llegó a la muchacha y la tomó entre sus poderosos brazos.

Los negros seguían gritando sin cesar. De la otra tienda cercana surgió Cedrie Grahman con el tiempo justo para ver una peluda y monstruosa figura que, corriendo, se dirigía a los árboles llevándose con ella a Hellen Corey.

Horrorizado por lo que veía, trató de echar a correr en su seguimiento, pero las piernas no le obedecieron. Con los ojos desorbitados de terror lo único que podía hacer era seguir mirando al gorila que, con su presa en los brazos, saltaba en aquel momento hacia una de las ramas más bajas del árbol. Pero entonces...

El ladrido mortal de un rifle «mataelefantes» retumbó por encima de todos los demás ruidos de la selva. El cuerpo del gorila se estremeció en el aire, cuando una de sus manos asía ya la rama que era su objetivo. Pero esta no pudo cerrarse a su alrededor... Como fulminado, sin tener tiempo apenas de soltar un ronco estertor, rodó por el suelo, arrastrando con él a Hellen Corey.

Aquello terminó con la excitación de los que gritaban y del propio aristócrata. Pero fue precisamente Frank Lethier el único que se movió con efectividad.

Sin soltar el rifle que empuñaba, se incorporó de un salto y echó a correr hacia donde había caído la bestia.

Hellen Corey había perdido el conocimiento. De ahí que no se diera cuenta de la angustia que se retrataba en el rostro del cazador cuando la libró del brazo con que el gorila seguía sujetándola. El sudor que empapaba la frente de Frank Lethier tenía su explicación: De no haber acertado en su disparo, el gorila la habría triturado entre sus brazos antes de soltarla. Más por fortuna, no había fallado el blanco elegido. El proyectil del «mataelefantes», un plomo de doce milímetros de diámetro, le había atravesado la nuca, matándole en el acto.

—¡Señor Grahman! ¡Bosambo! ¡Botoli! ¡Sengo! —gritó el cazador de pronto—. ¡Venid aquí todos enseguida!

El aristócrata fue el primero que se acercó a él. Presentaba un

tinte lívido en su rostro y las manos le temblaban como las de un azogado.

—Vamos, hombre —le animó el cazador—. Ahora ya ha pasado todo. Tome. Condúzcala a su tienda y procure que vuelva en sí. Yo tengo mucho que hacer aquí fuera.

Depositó el cuerpo inconsciente de la muchacha en los brazos de su prometido y se dispuso a regresar junto al cadáver del gorila. Pero de pronto se volvió.

—Un momento, señor Graham. Se me olvidaba algo importante. Esto: Le prohíbo terminantemente que diga a la señorita que fui yo quien la salvó de ese bicho. Si pregunta díglele que fue usted. Yo me encargo de que los demás corroboren sus palabras... ¿Entendidos?

—¡Pero, señor Lethier! —protestó el joven—. Yo no puedo decir eso. Sería.

—¡Basta! —le atajó el cazador—. Aquí mando yo y se hace lo que ordeno. Procure no echarlo en olvido.

Y sin añadir una palabra más, Frank Lethier giró sobre sus pasos y se alejó del asombrado aristócrata.

Cuando amaneció, Hellen Corey salió de la tienda. Le acompañaba su prometido, en cuyos ojos se leía una mirada de remordimiento. Pero la joven no supo descifrarla. Rebosaba alegría por todos los poros y así la encontró Frank Lethier cuando la pareja se unió a él en el centro del campamento.

—Buenos días, señorita. No hace falta más que mirarla para ver que se encuentra perfectamente. Su aspecto lo dice todo —encaróse ahora con el aristócrata y añadió—: A usted, en cambio, le noto algo nervioso, señor Graham. Y eso no es bueno en un cazador. Anoche lo hizo usted muy bien y no es cosa de estropearlo ahora. Procure dominarse.

En sus palabras no había ni burla ni ironía. Frank Lethier le trataba como si realmente hubiera sido él el héroe de lo ocurrido la noche antes.

—Bien —siguió diciendo el cazador con la mayor naturalidad—. Desayunemos ahora para poder continuar nuestro camino... ¡Fíjense allí! Mientras llevemos eso con nosotros, los bayauci no nos molestarán.

Y Frank Lethier señaló con el dedo hacia el extremo del campamento, donde aparecía la imponente figura del gorila, en posición de estar sentado.

—Solo es la piel rellena de broza —explicó—. El cuerpo lo hemos enterrado en uno de los hopos.



—¡Bosambo, apagar esa hoguera, pronto!

CAPÍTULO IV

Avanzando siempre hacia el Norte, el safari conducido por Frank Lethier recorrió otras dos jornadas más de camino sin el menor contratiempo. Durante ellas, Hellen Corey había tratado varias veces de sacar a relucir lo ocurrido la noche que fue salvada de las manos del gorila. Pero tanto el cazador como Cedrie Grahman se las arreglaron muy bien para satisfacer su curiosidad sin dar muchas explicaciones.

—Lo importante es que, no solo no la ocurrió nada, sino que pudimos conseguir la piel del «Bolgani» —fueron las palabras de Frank Lethier, en respuesta a su último intento por enterarse de más detalles—. Y ahora ya lo ve usted. Sentado en las angarillas que conducen los dos porteadores que trataron de escapar cuando le vieron, durante estos dos últimos días nos ha servido de salvoconducto entre los bayauci. Continúan siguiéndonos, pero no se atreven a dejarse ver. A menos que descubran el engaño podemos considerarnos a salvo de sus ataques. Y si es así, dentro de diez días alcanzaremos el Lulua. Allí serán los bahuana quienes tratarán de darse un banquete con nosotros. ¡Y con ellos no nos servirá de nada la piel del gorila!

—¿Tiene ya pensado lo que hemos de hacer, en el supuesto de que consigamos llegar hasta allí, señor Lethier? —preguntó Hellen Corey, abandonando sin darse cuenta la conversación inicial.

—Sería inútil hacer proyectos prematuros, señorita —respondió el cazador, sonriéndola por primera vez desde que salieran de Kabuanga—. No obstante, si logramos alcanzar las fuentes del Lulua también conseguiremos enterarnos de si existe por allí algún hombre blanco. De momento no pensemos en otra cosa que en seguir avanzando.

Y continuaron su camino. La selva virgen, intrincada y exuberante como nunca, los castigaba con sus rigores climatológicos, con el latente peligro de sus malsanas fiebres, la continua asechanza de las fieras salvajes y aquel hálito de invisible amenaza que parecía flotar en el ambiente.

Así transcurrieron otros dos días más sin que, aparte los inconvenientes citados, tropezaran con mayores dificultades.

Al amanecer el cuarto día, cuando apenas acababan de levantar el campamento en el que habían pasado la noche, Frank Lethier se

detuvo de pronto en mitad del sendero por el que avanzaban.

—Señor Graham —llamó en voz baja. Y cuando el aristócrata se le hubo acercado prosiguió, siempre en un susurro—: Se le presenta la oportunidad de demostrar a su prometida que es usted el magnífico tirador que le hemos hecho creer. ¿Ve aquellos arbustos del fondo? Pues al otro lado hay varios búfalos. Uno de ellos nos embestirá en cuanto nos oigan y los demás saldrán huyendo. Procure derribarle apuntándole al pecho. ¿De acuerdo?

Aunque asombrado a más no poder, Cedrie Graham asintió con la cabeza y pidió a su *mulak* Botoli que le entregara el rifle. Luego hizo una seña a Hellen para que se le aproximara.

—No te asustes, Hellen —le dijo en cuanto estuvo a su lado—. El señor Lethier asegura que un búfalo va a atacarnos y yo voy a intentar derribarlo. Deséame suerte.

A una seña del cazador, los porteadores se detuvieron en medio del camino. Después Bosambo y él avanzaron en silencio hacia los arbustos que antes había señalado. Anduvieron media docena de pasos y de pronto...

De entre la maleza a dónde estaban mirando surgió la retorcida cornamenta de un búfalo. Luego, resoplando y con la cabeza gacha en postura de ataque un magnífico ejemplar de almizclero arremetió contra ellos.

—Apúntele al pecho, señor Graham. Vamos. ¡Dispare de una vez!

Ladró el rifle que empuñaba el aristócrata y la bala perfectamente dirigida, fue a clavarse en el pecho del búfalo. Herido de muerte, el furioso animal pareció chocar contra una pared invisible y rodo por el suelo, a unas treinta yardas de los pies del negro Bosambo.

—Estaba seguro de que lo haría —fue el único comentario de Frank Lethier, cuando Hellen y su prometido se le acercaron.

—Yo no lo dudé nunca —respondió la muchacha, muy segura. Y añadió—: En cambio no hago más que pensar en una cosa. Dígame, señor Lethier. ¿Cómo estaba usted tan seguro de que detrás de esos arbustos había un búfalo? Tanto Cedrie como yo nos hemos cansado de mirar hacia ellos y no vimos nada.

—Es muy sencillo, señorita Corey. ¿Ve usted aquel pájaro que revolotea por encima de donde salió el almizclero? Pues ahí tiene la explicación. Se trata de una «garzota». Y todos los cazadores sabemos que ese traga insectos siempre acompaña a los búfalos. ¿Satisfecha?

Hellen Corey fue a abrir la boca para decir algo, pero no llegó a hacerlo. El estampido de un trueno la hizo enmudecer.

—¡Diablos! —exclamó el cazador, indicándole con un gesto que retrocedieran con él al encuentro de los porteadores—. Había olvidado que estamos en el segundo período de lluvias¹³. ¡Pronto! Cobijense debajo de un árbol mientras ordeno que preparen las bolsas. Dentro de poco estallará la tormenta y el agua caerá a torrentes.

Las bolsas mencionadas por Frank Lethier resultaron ser unas redes que, colgadas por sus extremos de las ramas de los mayores árboles que encontraron, mantenían en el aire todos los bártulos de la expedición, así como a ellos mismos. Los porteadores usaron las enormes lianas que colgaban de las copas para encaramarse a lo alto.

Transcurrieron cinco minutos después de que todos hubieron dejado el suelo y, como si aquello hubiera sido una señal, un horrísono trueno hizo estremecer a toda la selva. Y apenas se extinguió el ruido...

Hellen Corey y Cedrie Grahan no pudieron resistir la tentación de mirar a la vez, casi con reverencia, al hombre que tenían a su lado. Llevaban cerca de tres semanas conviviendo continuamente con él, pero hasta aquel momento no comprendieron toda la verdad que encerraba las palabras de los que, en Kabuanga, habían asegurado que no existía otro hombre que conociera mejor la selva que Frank Lethier.

Y allí tenían la demostración. De no haber sido por la prudencia de sus medidas, la expedición no habría pasado de aquel punto. Mientras que ahora, en sus incómodas, pero seguras posiciones de las redes colgantes, no había la menor duda de que podrían continuar.

El sendero por dónde poco antes avanzaban había desaparecido de su vista. Arbustos, maleza, las alimañas que se arrastraban por el suelo, y todo lo que no tuviera raíces suficientes para contener el impulso arrollador de las aguas, desapareció debajo de ellas para morir.

Y entretanto, mezclado con el cegador destello de los relámpagos y el seco trallazo de los truenos, las cataratas del cielo parecieron abrirse sobre ellos.

La cortina de agua que caía era tan densa que era imposible ver a través de ella. Todos los ruidos de la selva fueron apagados por el más potente que producía el agua en su forma torrencial de caer.

Para Hellen Corey, a pesar del instintivo temor que producen los elementos desatados, aquel espectáculo, soberbio y fantástico en su grandeza, sirvió para hacerla ver claro, muy claro el inmenso poder

del Creador.

Algo impalpable como el viento, y unas cuantas nubes cargadas de electricidad, era suficiente para mostrar a todos los seres de la Tierra su omnipotencia y a la vez su caridad.

Ante aquellos elementos, la Naturaleza en pleno se inclinaba como una sierva ante su señor. Era una forma clara de reconocer su pequeñez ante la grandiosidad del supremo Ser que la había creado... y a voluntad podía destruirla de nuevo.

Durante cerca de un cuarto de hora, intensamente vivida en meditativa contemplación, Hellen Corey pudo darse cuenta de la magnitud de la empresa que había echado sobre sus hombros al internarse en la selva en busca de su padre.

En medio del fragor de la tempestad, comprendió porqué ninguno de los cuatro exploradores blancos de Kabuanga había querido hacerle de guía. Para llegar hasta donde ella quería ir se necesitaba algo más que el temple valeroso de los sin miedo. Era preciso la ayuda y consejos de alguien que conociera la selva y de alguien que supiera vencerla. En una palabra: Un hombre con madera de héroe. De los que ahogan su dolor al servicio de los demás, aunque para ello sea preciso morderse el corazón. Y aquel hombre era Frank Lethier.

Instintivamente, con una luz extraña en sus hermosos ojos, volvió la cabeza para mirar hacia donde sabía se encontraba el cazador. Y aunque de una forma borrosa, debido al agua que caía y a la penumbra que les rodeaba, le vio oteando el cielo, tranquilo, sereno y arrogante.

La red que los sostenía semejaba un péndulo de reloj balanceándose en el aire. Hellen Corey fue a gritar para llamar la atención del cazador y en aquel momento, con la misma brusquedad con que había empezado, cesó de llover.

El viento amainó de tal forma que en pocos segundos se convirtió en suave brisa. En el cielo lució el sol, espléndido y alegre; en un instante la selva recobró su normalidad.

Solo el suelo seguía convertido en torrencial arroyo de aguas turbias que arrastraban despojos. Pero en el aire y en las copas de los árboles... buitres, flamencos, pelicanos, papagayos, cucos, monos, ardillas, y toda la fauna del reino de las lianas, empezaron a dar señales de vida.

—¡Señor Lethier! ¡Señor Lethier! —gritó ella, llamando al cazador—. ¿Cuántas horas calcula usted que tendremos que permanecer aquí?

—¿Horas? Abandone tal pensamiento, señorita. Dentro de

treinta minutos podremos continuar nuestro camino. Y tendremos que darnos prisa, por cierto. Habrá que alcanzar el Luebo antes de que comience la evaporación. De lo contrario les parecería que habían caído en el infierno. Dentro de poco esta parte de la selva se habrá convertido en una incubadora gigantesca. Millones de larvas se convertirán en insectos ansiosos de vida. Un vaho pestilente se elevará del suelo y las semillas germinarán con pasmosa ferocidad. La selva se despertará de su corto letargo con verdaderas ansias de recuperar el tiempo perdido... ¡Bosambo! ¡Botoli! ¡Sengo! —gritó el cazador, cortando súbitamente su discurso—. ¡Al suelo todo el mundo!

Frank Lethier no se equivocó. A la media hora escasa de haber cesado la tormenta, el suelo, aunque con evidentes señales de lo que el agua había hecho en él, se encontraba prácticamente transitable. En pocos minutos organizó el cazador el safari para enseguida colocarse en cabeza y dar la orden de marcha.

—No se preocupen por sus ropas —anunció a la pareja de prometidos que se habían colocado a su lado—. Como les dije cuando atravesemos el riachuelo de los baluba no tardarán en secarse ellas solas... Mire su búfalo, señor Grahán. Está rollizo y con bastante grasa, ¿eh? Pues dentro de poco no quedarán ni los huesos... No, no lo devorarán ni las otras fieras, ni los buitres. De él se encargarán otros bichos más pequeños... ¡Fíjense allí!

Señaló el cazador hacia una especie de torreón de arcilla y greda que se levantaba muy próximo al cuerpo del búfalo muerto y aclaró:

—Eso que parece un castillo de arena no es otra cosa que un nido gigante de termitas. En cuanto el agua haya dejado de obturar las entradas, saldrán en enjambre en busca de alimentos. ¡Menos mal que usted les puso la comida bien cerca, señor Grahán! Ese búfalo será un apetitoso banquete para ellas.

Se alejaron de allí todo lo deprisa que les permitían el terreno y sus piernas. De vez en cuando, alguno que otro de los salvajes pobladores de la selva cruzaba raudo por delante de ellos, aunque sin detenerse a mirarlos.

Y Frank Lethier parecía imitarlos. Animando con sus voces a los porteadores seguía avanzando en busca del río que consideraba como meta para hallar el descanso que todos necesitaban.

A cada minuto que transcurría, la marcha se hacía más difícil. El vaho caliente y pegajoso que brotaba del suelo les cortaba la respiración. Y, por si fuera poco, millares de mosquitos e insectos de todas clases les asaetaban por todas partes, envolviéndoles en nubes que se movían con ellos, produciendo estridentes zumbidos

de trompetas minúsculas.

Era un martirio insoportable para los hombres y con mayor razón para una delicada damisela como Hellen Corey. Pero la valerosa muchacha se mantenía firme, caminando junto a su prometido a pocos pasos por detrás del cazador.

—Si no me equivoco llegaremos dentro de un cuarto de hora — la animó Frank Lethier, secretamente admirado de su entereza—. Estoy seguro de que...

Interrumpiéndole a mitad de la frase, un grito de alguien que pedía auxilio en inglés llegó claramente a los oídos de todos.

—¿Han oído ustedes? No hay duda de que ese grito pertenece a un hombre blanco... Sigán mis huellas sin perderlas de vista. Yo me adelantaré a ver si doy con él.

Frank Lethier y su *mulak* Bosambo apretaron el paso en la misma dirección que llevaban. El grito había sonado por delante de ellos y aquello significa que no había necesidad de detener la expedición.

Algo más despacio, Hellen Corey, su prometido los porteadores fueron siguiendo las huellas que el cazador iba dejando. Y por fin, al cabo de unos veinte minutos de penosa caminata, llegaron a la orilla de un río.

Frank Lethier y Bosambo aparecían arrodillados junto a un hombre que, tendido boca arriba, parecía respirar con dificultad.

Hellen Corey corrió hasta llegar a su lado. Y apenas puso los ojos sobre el rostro del caído, un grito de increíble sorpresa escapó de sus labios.

—¡Paul Hatton! ¡El ayudante de mi padre!

CAPÍTULO V

—Le ha reconocido usted enseguida, señorita. A mí me costó más trabajo. Pero no hay duda. Es Paul Hatton en persona. Lo que me gustaría saber es qué hace por aquí. Fíjense en sus botas. Están tan destrozadas que apenas les queda suela.

—¿Está herido? —preguntó en aquel momento Cedrie Grahán.

—No. Aunque para el caso es lo mismo. Además de estar agotado siente miedo. Un miedo cerval a algo que le persigue en su imaginación como una pesadilla. Por eso gritó, sin saber que lo hacía. Como explorador sabe muy bien que es inútil pedir auxilio en la selva.

Hellen Corey aplastó contra su rostro una nube de mosquitos que la martirizaban.

—¿Qué piensa hacer con él, señor Lethier? —preguntó.

—Llevarlo con nosotros. Si consigo que recobre la lucidez nos dirá qué le ocurrió al profesor. De momento déjenlo de mi cuenta. Lo que ustedes pueden hacer es darse un chapuzón en el río para ahuyentar a esos pegajosos insectos. Pero cuidado con los cocodrilos, ¿eh?... ¡Bosambo! —llamó a su *mulak*—. Di a Sengo y a Botoli que con los demás construyan varias balsas. Después busca por ahí unas cortezas de tucula...

Una hora más tarde, a lomos de grandes balsas hechas de troncos, la expedición seguía su camino a favor de la corriente del Luebo.

Paul Hatton, tumbado boca arriba en el centro de la almadía que transportaba a los otros tres blancos y sus correspondientes *mulaks*, no se parecía en nada al tildado ayudante del profesor Corey que, años atrás, en Londres, asediaba con sus impertinencias a la hija de su jefe.

Pálido y demacrado, con una enorme barba que casi le llegaba al pecho, las ropas destrozadas y una perenne expresión de terror en sus ojos, continuaba sin recobrar el conocimiento. De vez en cuando le acometían accesos de furor, pronunciando en su delirio frases que era imposible descifrar.

Frank Lethier le observaba con atención. De tanto en tanto exprimía entre sus labios alguna fruta y a continuación se los remojaba con un pañuelo empapado de licor.

—¿No sería mejor darle un buen trago para reanimarle? —

insinuó una vez Cedrie Grahah.

—Ni pensarlo —respondió el cazador, muy serio. El alcohol es el peor enemigo de los que viven en la selva. Y mucho más sí, como en su caso, lo único que haría sería excitarle más. Lo que necesita es reposo y alimentos. Esto último dosificado para evitar una reacción violenta del intestino... No se preocupen por él. Aunque no lo parece está mucho mejor que cuando le encontramos.

Las aguas del río por el que navegaban eran espesas y sucias; del color del chocolate. Hellen Corey y su prometido las miraban recelosos, temiendo ver aparecer de pronto algún bicho de los que sabían abundaban en ellas.

—Es raro que no se vean hipopótamos ni cocodrilos, ¿verdad, señor Lethier? —no pudo por menos que preguntar el aristócrata al cabo de un par de horas de bogar por el río.

—Eso es lo que usted cree, señor Grahah —respondió el cazador—. Pero rece para que no volquemos o caiga alguno al agua. Entonces los vería aparecer a docenas. Ahora están en las orillas, vigilándonos. Me refiero a los cocodrilos. Pero pronto estarían aquí si les diéramos ocasión de ofrecerles buena carnada... ¡Hola! Parece que el enfermo está abriendo los ojos.

Se inclinó sobre el cuerpo de Hatton para remojarle una vez más los labios y añadió:

—¡Animo, Hatton! Se encuentra entre amigos ¿No me reconoce? Soy Frank Lethier. Y aquí está también la señorita Corey.

—¡Corey! ¡Profesor Corey! ¡Los batúas vienen a buscarnos! —gritó Paul Hatton, forcejeando con el cazador en un intento por levantarse—. ¡Huya conmigo le matarán también! ¡Es nuestra única....!

La última palabra se convirtió en un gorgoteo; Paul Hatton se desplomó de nuevo sin sentido.

Frank Lethier cambió una mirada con Hellen su prometido.

—Bueno. Por lo pronto ya sabemos algo. Y algo muy interesante —dijo.

—¿A qué se refiere? —indagó la muchacha.

—Pues a que el padre de usted no está en las fuentes del Lulua como creíamos. Sino más al norte. En territorio bahuana.

—¿Y eso es mejor o peor? —preguntó ahora Cedrie Grahah.

—Depende del sentido que dé usted a esa palabra señor Grahah. Lo que sí puedo decirle es que todo el territorio no puede ser peor.

—Debe serlo cuando un hombre como Paul Hatton está tan aterrorizado —dijo Hellen Corey. Y en sus palabras no se advertía el menor síntoma de miedo—. ¿Tiene usted alguna idea de lo que

puede haberle ocurrido?

—Tengo algo más que una idea. Estoy casi seguro de que debió presenciar algún espectáculo horrible. Posiblemente el sacrificio de los miembros de la expedición. Luego, al tratar de huir a través de la selva, se agotó, y su misma debilidad produjo en el ese estado de continua zozobra.

—¿Tardará en reponerse?

—No lo creo. Confío en que para cuando tengamos que dejar las balsas, se encuentre, si no bien del todo, bastante mejorado. Dejémosle que descanse y vayamos a lo nuestro. Escuchen: Si mis cálculos no me engañan, dentro de dos días llegaremos a territorio bahuana. Bien. Pues una vez allí tendremos que llevar los ojos muy abiertos. Los pequeños batúas serán nuestros mayores enemigos. Dispónganse a matar todos los que puedan, o serán ellos los que acaben con nosotros. Y ya han visto lo que le pasa a Hatton por haber presenciado una de sus ceremonias. Si nos cogen..., mi consejo es que no lo hagan estando vivos. ¿Me comprenden?

Hellen Corey no pudo evitar un estremecimiento. Y fue entonces cuando, por primera vez desde que se conocían, espontáneamente se encaró con el cazador para rogarle:

—Voy a pedirle un favor, señor Lethier. Un favor particular para mí. ¡Por Dios! ¡No me mire así! Estoy arrepentida de cómo me porté con usted. ¿Quiere olvidarlo ahora?

—Continúe, señorita. ¿Qué favor particular quiere pedirme?

—El de que sea usted quien se encargue de... que puedan cogerme viva. ¿Lo hará?

Frank Lethier se asombraba pocas veces. Pero en aquella ocasión no pudo evitarlo. Instintivamente miró hacia el prometido oficial de la joven y, para mayor sorpresa suya, le vio cómo le hacía señas con la cabeza dándole a entender que accediera a la petición que le hacían.

—De acuerdo, señorita Corey —respondió por fin—. Tomo buena nota de ese favor que me pide. Aunque no debe pensar demasiado en ello. Aún no estamos en esa situación.

Durante las dos jornadas siguientes, a excepción de las noches, en que acamparon junto a una orilla, continuaron su viaje por el río utilizando las balsas. Paul Hatton se había recuperado bastante e incluso hablaba ya con cierta coherencia.

Mediada la mañana del tercer día, el cazador dio la orden de atracar en la margen derecha del río.

—¡Bosambo! —ordenó a su *mulak*, apenas estuvieron en tierra firme—. A partir de este momento, las cajas de municiones irán

junto a nosotros. Díselo así a Botoli y Sengo para que ellos también estén preparados por si acaso.

Retrocedió unos pasos para unirse a Hellen Corey y su prometido, que en aquel momento ayudaban a bajar de la balsa a Hatton, y les advirtió:

—Caminen durante unos minutos para desentumecer las piernas y luego colóquense debajo de aquel árbol, mientras yo organizo el campamento... ¿Cómo se encuentra, Hatton?

—Bien. Voy recobrando fuerzas por momentos. Un día más y...

—Lo sé —le interrumpió el cazador—. Pasaremos ese día aquí para que se reponga del todo. De paso lo aprovecharemos para organizar nuestra defensa y para que nos cuente usted lo que les ocurrió... No se alejen mucho. Yo enseguida vuelvo.

Poco después, bajo la dirección de Frank Lethier se montaron las tiendas. A continuación, los porteadores se internaron entre los árboles provistos de largos machetes, mientras Bosambo, Botoli y Sengo, se situaban en las ramas más altas de los árboles cercanos, armados de sus rifles y en plan de vigilancia, según las órdenes recibidas.

Frank Lethier y los otros tres blancos se habían unido en la tienda del primero para poder escuchar que Paul Hatton iba a decirles. A una seña del cazador empezó:

—La última expedición del profesor Corey tenía como objeto explorar el alto Lulua. Por eso, en vez entrar como otras veces por Kabuanga, lo hicimos atravesando la región de los grandes Lagos. Así fue como alcanzamos las fuentes del Lulua sin novedad. Pero a partir de allí... Por lo pronto, el profesor ya no pudo enviar más cartas a su hija como acostumbraba cada vez que cambiábamos de sitio. Dos veces que lo intentó, los porteadores que las llevaron fueron muertos antes de que pudieran perderse de nuestra vista. En fin. Habíamos llegado a una región en la que los pequeños batúas dominan la selva en provecho de los bahuana. De nada nos sirvió al doctor Keel y a mí intentar disuadir al profesor de seguir adelante. Afirmó que seguiría solo si no queríamos acompañarle. Su propósito era estudiar las costumbres de los salvajes bahuana, a ser posible en uno de sus poblados. Y lo consiguió. ¡Pero a qué precio, Dios mío!

Por un momento, el terrible recuerdo que había estado a punto de hacerle perder la razón produjo en Paul Hatton un amago de delirio. Menos mal que, recuperadas sus facultades físicas, pudo sobreponerse para continuar:

—Siguiendo el curso del Lulua, atravesamos un centenar de

millas de selva virgen, en busca de lo que el profesor consideraba su meta. Todos sabíamos que en Londres debían darnos ya por desaparecidos. Pero aquello no parecía importar al profesor. La cercana proximidad de lo que para él representaba el mayor de los anhelos, le hacía olvidar todo lo demás. Y seguimos avanzando. Unas veces sin otros obstáculos que salvar que los propios de la selva y otras abriéndonos paso a tiros entre los escurridizos y peligrosos batúas. Hasta que, por fin, hará cosa de seis meses, alcanzamos el mayor poblado bahuana. De los cincuenta porteadores que salieron con nosotros solo quedaban la mitad. Y nosotros, agotados y con los nervios deshechos por la continua vigilancia, casi no podíamos tenernos de pie.

Tras una ligera pausa para tomarse un descanso, Paul Hatton siguió diciendo:

—El único en quien no parecía hacer mella el viaje era el profesor. Más viejo que cualquiera de nosotros, se mantenía, sin embargo, fuerte, tranquilo y optimista. Aunque le duró poco tiempo. Se empeñó en entrar en el poblado bahuana para tratar de ganarse la amistad de su jefe a cambio de regalos, y allí acabó todo. Los muy tunos nos dejaron llegar hasta el mismo centro de la kiota. Pero apenas estuvimos todos reunidos, un enjambre de batúas, invisibles a nuestros ojos, nos asaetearon con sus cerbatanas. Ni uno solo nos libramos de ser alcanzados por sus dardos. Cuando quisimos reaccionar era ya demasiado tarde. Parecíamos muñecos de piedra. Incapaces de mover un solo músculo.

—Es natural —habló el cazador por primera vez—. Los batúas utilizaron sus dardos envenenados para poder hacerlos prisioneros vivos. Su veneno paraliza durante varias horas, aunque por fortuna no es mortal... Continúe.

—Sin poder hacer nada por evitarlo —siguió diciendo Hatton—, nos despojaron de nuestras armas y, a empujones, nos fueron encerrando en grandes jaulas hechas de troncos que ya tenían preparadas. Aquello fue el principio de lo que debía venir después. Cuando al cabo de unas horas recobramos el movimiento, varios guerreros bahuana entraron en la jaula contigua a la que ocupábamos el profesor Corey, el doctor Keel y yo, y tras una rápida selección sacaron al más robusto de los porteadores negros. Y allí mismo, delante de nosotros le sometieron, entre enorme algarabía, al lento suplicio de la maceración¹⁴.

El recuerdo de lo que estaba rememorando, hizo aparecer en los ojos de Paul Hatton la mirada de terror que ya le vieran otras veces. No obstante, logró reponerse para seguir diciendo:

—Entonces fue cuando el profesor tuvo ocasión de enterarse de una de sus costumbres: Los antropófagos bahuana se rigen por otras leyes distintas a los de los batatela, bambala del norte, e incluso a las de sus vecinos los bayauci. Para estos, todos los prisioneros son iguales. Una vez capturados son repartidos entre ellos o devorados en un banquete general. Pero los bahuana obran de otra manera: Los prisioneros hechos en su territorio corresponden exclusivamente al jefe del *kral*, al cual pertenezcan los guerreros captores. Si estos quieren comer carne han de salir fuera de su término a cobrar sus piezas. En una palabra: Todos nosotros debíamos ser devorados por el reyezuelo Tobo. Obeso individuo de insaciable gula que no perdió el tiempo en darse el primer atracón.

Hizo Hatton otra pequeña pausa y continuó:

—Cada siete días sacrificaban a un prisionero. Tardaban dos en ponerlo en condiciones de ser comestible y otros cinco para que Tobo diera buena cuenta de él. Durante veinte semanas fuimos obligados a presenciar el horrible espectáculo de los suplicios, seguidos de las repugnantes comilonas del insaciable reyezuelo. Y, por si fuera poco, de vez en cuando se le unían los demás habitantes del poblado que, bien por haber tenido muertos en algún combate¹⁵ o conseguidos prisioneros de otras tribus, organizaban dantescas bacanales durante las que no cesaban de devorar carne humana con sus mutilados dientes.

Gruesas gotas de sudor perlaban la frente de Hatton, mientras seguía diciendo:

—El profesor Corey, el doctor Keel y yo, teníamos el estómago revuelto a causa de la repugnante visión que forzosamente teníamos que contemplar. La certeza de cuál sería nuestro fin nos hacía padecer horriblemente. Por primera vez el profesor confesó su arrepentimiento de habernos obligado a acompañarle. Pero ya era tarde para lamentaciones. Nuestra única esperanza consistía en buscar la manera de que nos diesen una muerte rápida. Hasta que una noche... Aprovechando que todo el *kral* se encontraba ahído de sangre, conseguimos arrancar uno de los troncos que formaban nuestra jaula y adentrarnos en la selva. Desgraciadamente estábamos todos tan débiles que no podíamos avanzar muy deprisa. El profesor Corey se desplomó a los pocos pasos. Tuvimos que llevarle a rastras entre el doctor Keel y yo durante varias horas. Pero en cuanto amaneció... Los batúas habían descubierto nuestra fuga y salieron a buscarnos. Habíamos llegado ya a orillas del Lulua y construido una balsa con la que pensábamos echarnos a la corriente. Y entonces...

Tras otra pausa para secarse el sudor de la frente, Paul Hatton continuó:

—Yo era el único que me encontraba en la balsa cuando nos descubrieron los batúas. Grité al profesor y al doctor para que saltaran dentro, pero no pudieron hacerlo. Yo me sentí arrastrado por la corriente y oí los gritos que daban los pigmeos mientras disparaban sus cerbatanas que, por fortuna, no me alcanzaron. Luego perdí el conocimiento. Y cuando lo recobré no sabía el tiempo que llevaba navegando por el río. Solo sé que cuando la balsa encalló en una orilla, me interné a rastras por la selva sin saber adónde me dirigía. Sin armas y sin energías suficientes para trepar a los árboles a coger algunas frutas, tuve que alimentarme de raíces de *bayou*. Dos días después llegaba a la vista de otro río en el que reconocí al Luebo, y cuando me disponía a buscar nuevas raíces con que mitigar el hambre que padecía, estalló la tempestad. A partir de este momento no recuerdo nada más. Cuando recobré los sentidos me encontré con ustedes.

Frank Lethier había escuchado con verdadera atención, mirando disimuladamente a Hellen Corey para estudiar sus reacciones. Durante unos segundos esperó que ella dijera algo, pero al notar que no lo hacía, fue él quien tomó la palabra.

—No hay duda —empezó—, de que tanto al profesor Corey como al doctor Keel volvieron a capturarlos. Ahora bien. Según su relato, desde que usted huyó han transcurrido de doce a quince días. Por lo tanto, si todavía quedaban cuatro negros y como es su costumbre dejan a los blancos para los últimos, disponemos de tiempo suficiente para llegar hasta allí antes de que les toque el turno de ser devorados... ¿Se ve con ánimos suficientes para guiarnos, Hatton?

—Desde luego, aunque mucho me temo que...

—Termine. ¿Qué iba a decir?

—La verdad. Que considero su idea como una locura. No solo no salvaremos al profesor, sino que es casi seguro que nos cojan también a nosotros.

—Habría que correr ese riesgo. Nosotros estamos decididos. ¿Y usted?

Paul Hatton recorrió con la vista los rostros de quienes sabía estaban pendientes de sus labios. Luego, tras una última mirada a los ojos de Hellen, respondió:

—Haré lo posible por ser de alguna utilidad. Por lo pronto podré decirles cuál es el poblado que buscan.

—¡Estupendo! Entonces no se hable más. Descansen todos

ahora lo mejor que puedan. Yo voy a terminar de hacer los preparativos para poder emprender la marcha en cuanto amanezca.

Y salió de la tienda.

El resto de la tarde y toda la noche transcurrieron sin novedad. Pero apenas salió el sol...

—¿Qué significan esos montones de cortezas? —preguntó Hellen Corey al cazador, señalando al centro del campamento.

—Pues significa que vamos a acorazarnos con ellas —respondió Frank Lethier—. Ordené arrancarlas para convertirlas en escudos contra los darlos. Sentiremos mucho más el calor, pero, en cambio, nos permitirán avanzar por territorio bahuana sin temor al veneno paralizador de los batúas.

—¡Magnífica idea! —exclamó en aquel momento Paul Hatton, acercándose—. ¡Ojalá se nos hubiera ocurrido a nosotros! Le felicito, Lethier. Es usted...

—Déjese de cumplidos y al grano —le cortó cazador—. Ayude al señor Graham a cubrirse el cuerpo con ellas y luego que haga él lo mismo con usted. Sobre todo, no olviden la cabeza. Fíjense en Bosambo.

Se encaró de nuevo con la joven y añadió:

—De usted me cuidaré yo personalmente, señora Corey. El encargo que me hizo empieza en este mismo momento.

Una hora más tarde, la expedición se internaba de nuevo en la selva. Todos sus miembros, incluso los porteadores, iban totalmente recubiertos de anchas tiras de corteza de tucula que les daban el aspecto de monstruos con escamas. A excepción de los ojos y la boca para respirar, el resto del cuerpo quedaba completamente a cubierto de los peligrosos dardos batúas. Las espinas que lanzaban con sus cerbatanas jamás podrían atravesar aquellas improvisadas corazas.

Aunque el precio que tenían que pagar por tan relativa seguridad era bien alto. Además del calor sofocante, si ya les costaba antes avanzar con cierta rapidez, ahora les resultaba mucho más difícil y penoso.

Y, por si fuera poco, la niebla gris que se desprendía del húmedo suelo por el que ahora avanzaban les obligaba a caminar casi a ciegas con el consiguiente peligro. Y, por otra parte, los ruidos que podían servirles de aviso llegaban ahora con mayor dificultad a sus oídos.

A los porteadores, en especial, era a los que más trabajo costaba amoldarse a aquellas entorpecedoras cortezas. Pero ninguno se atrevía a desprenderse de ellas, por temor a lo que podía ocurrirles,

según los había advertido el cazador.

Y siguieron avanzando. Lentamente, más sin el menor contratiempo. Pero mediada la tarde, cuando se disponían a reponer fuerzas tomando un refrigerio que les permitiera aguantar hasta la noche, recibieron el primer aviso de lo que podía ocurrirles.

Uno de los porteadores, incapaz de resistir por más tiempo la asfixia que le producía la máscara que llevaba, se libró de ella para respirar con ansiosa voluptuosidad. Y entonces...

De algún lugar de la selva dispararon sobre él, una lluvia de pequeñas espinas. Tres o cuatro se le clavaron en la cara y al momento, tras lanzar un grito de espanto, su cuerpo se quedó rígido. Como petrificado.

Frank Lethier oyó el grito y se volvió con rapidez. De una ojeada comprendió lo que aquello significaba y ordenó, mientras apuntaba con su rifle hacia los árboles:

—¡Todo el mundo a tierra! Estamos rodeados por los batúas... ¡Señor Graham! ¡Hatton! Cubran con sus armas la derecha del camino... ¡Botoli! ¡Sengo! Vosotros vigilad la retaguardia. Bosambo y yo nos cuidaremos del resto... ¡Usted, señorita Corey! no se mueva de dónde está.

Durante unos minutos todo siguió en silencio. Después, tan repentinamente que nadie pudo preverlo, una lluvia de finísimos dardos cayó sobre ellos.

Las cortezas de tucula con que el cazador había improvisado sus rudimentarios blindajes se erizaron de púas que brotaban de todas partes. Pero ninguno de ellos acusó el efecto del veneno paralizador. Aquello pareció animar a los expedicionarios y, ya más confiados, se aprestaron a la lucha.

Los atacantes no se dejaban ver, pero Frank Lethier sabía cómo tenía que obrar.

—Apunten en dirección a la espesura —ordenó con voz potente—. A una altura del suelo que oscile entre los tres pies o tres y medio. Muy bien. ¡Fuego!

Los rifles de Cedrie Graham, Paul Hatton, y los *mulaks*, dejaron oír su cantinela de muerte. Treinta disparos seguidos ametrallaron la maleza que les rodeaba con el ímpetu de una guadaña.

Entre el chasquido de las ramas destrozadas se oyeron varios gritos de agonía, seguidos del característico chapoteo que produce la maleza cuando alguien corre entre ella. Y entonces fue cuando Frank Lethier entró en acción.

Mientras los otros procedían a cargar de nuevo sus armas, el rifle que él empuñaba empezó a repartir plomo en forma de

abanico. Después, agotado el cargador, sacó su revólver para seguir disparando, ahora en dirección contraria.

Aquello bastó para que la lluvia de púas envenenadas dejara de caer sobre la expedición.

Tras la máscara que ocultaba el bello rostro de Hellen Corey, sus ojos contemplaron con extraña mirada la imponente figura de Frank Lethier que, en aquel momento se volvía hacia ella para decirle:

—No se haga muchas ilusiones, señorita. De momento los hemos asustado. Pero volverán con los guerreros bahuana, y esos son ya más duros de pelar... ¡Hatton! —llamó volviendo la cabeza hacia la derecha. Y cuando el otro acudió a su lado declaró—: No hace falta decirle que esos eran los batúas. Por lo tanto, no debemos estar muy lejos de algún poblado. ¿Reconoce usted algún detalle de este trozo de selva que le pueda indicar si se trata del que nosotros buscamos?

—Lo siento, Lethier, Esa misma pregunta me la he hecho yo, y no he podido contestarla. Por aquí creo que no he pasado nunca y... ¡Espere! Ahora que recuerdo, los batúas del rey Tobo van marcados con un tatuaje en la mejilla... Sí. Ya sé que me va a decir que, aunque hayamos matado algunos, sus compañeros se habrán encargado de llevárselos. Pero ¿qué me dice de los espías que habrán quedado? Estoy seguro de que varios de ellos permanecen vigilándonos.

—Y desde luego no se equivoca —respondió el cazador. Terminó de recargar sus armas y añadió—: Encárguense ustedes de que los *mulaks* cuelguen las tiendas a manera de velas de barco. Después colóquense todos detrás y coman algo. Esta noche no vivaquearemos. Aunque sea paso a paso seguiremos avanzando. Yo voy a ver si atrapo a un muñeco de esos.

Poco después se internaba entre la maleza. Las cortezas que le cubrían el cuerpo dificultaban su marcha. Pero no podía exponerse al veneno de los batúas. Conque siguió con ellas encima.

Por fortuna, la selva allí no era tan intrincada como al otro lado del río que habían atravesado aquella misma mañana. En cambio, el calor era más intenso y los insectos más numerosos.

Durante casi una hora estuvo recorriendo las cercanías del campamento en busca de una pista que le permitiera descubrir a alguno de los batúas que debían haberse quedado escondidos. Pero no le fue posible.

Aquello le irritó. Estaba seguro de que de no ser por las cortezas que, si bien le protegían, en cambio mermaban sus facultades de

rastreador, habría dado ya con lo que buscaba. Y furioso iba ya a quitarse las que llevaba en la cabeza, cuando...

Más que el oído fue su instinto de cazador lo que le advirtió de que algo se movía por delante de él. Sigilosamente cambió de lugar y se agazapó detrás de un tronco para, desde allí, escudriñar por las aberturas hechas en su máscara de cortezas, hacia donde calculó se encontraba el que se movía. Luego esperó.

Con su paciencia de cazador permaneció inmóvil durante unos minutos. Había visto moverse algunas hojas de los arbustos que observaba y aquello le dio la seguridad de que, quien quiera que fuese el intruso, desde luego también buscaba algo.

Y de pronto...

Mezclado con un grito de terror se oyó un potente rugido. Y un segundo después, los arbustos que estaba observando se apartaron violentamente para dar paso a un enorme león entre cuyas garras y dientes, se debatía el minúsculo cuerpo de un hombrecillo.

Frank Lethier no titubeó un segundo. Echando el rifle a la cara apuntó cuidadosamente a la cabeza del rey de la selva. Salió el disparo y el terrible carnicero rodó por el suelo, sin vida.

Frank Lethier corrió hacia él, con el rifle dispuesto a abrir nuevamente fuego. Estaba seguro de que el león no lo necesitaba. Lo que quería era apoderarse de su víctima antes de que acudieran sus compañeros a buscarle.

Moviéndose con toda la rapidez de que era capaz, arrancó el cadáver del pigmeo de entre las fauces del león y con él a cuestas retrocedió hacia el campamento.

Hellen Corey no pudo contener un pequeño grito al ver el cuerpecillo destrozado que el cazador acababa de arrojar a los pies de Paul Hatton. Pero se recuperó enseguida cuando le oyó decir:

—Le sorprendió un león. Debía estar tan concentrado vigilándome a mí que no se dio cuenta del peligro hasta que ya fue demasiado tarde... Sí. Es un batúa. Y como pueden ver lleva un tatuaje en la mejilla. ¿Qué dice usted a eso, Hatton?

—Pues que no hay duda. Los que nos atacaron pertenecen al kral del rey Tobo.

—¿Está seguro?

—Completamente. Ahora sí puedo decirles que estamos cerca de donde tienen prisioneros al profesor Corey y al doctor Keel.

—De acuerdo. Entonces manos a la obra... ¡Bosambo! Encárgate de que entierren al batúa. Sengo y Botoli se cuidarán de recoger las tiendas. En cuanto a ustedes —se dirigió a la muchacha, su prometido y Hatton—, acompáñenme hasta debajo de aquel árbol.

Voy a explicarles mi plan.

CAPÍTULO VI

A cosa de un par de millas más al norte de donde Frank Lethier y su expedición estaban acampados, el *kral* del reyezuelo Tobo aparecía animado de febril excitación.

Un enjambre de pigmeos batúas gesticulaban alrededor de un compacto grupo de guerreros bahuana que, armados de lanzas y azagayas, algunos incluso con escudo y todo, se disponían a internarse en la selva.

Junto a las chozas rectangulares que rodeaban la kiota del poblado, mujeres y niños vociferaban y movían los brazos como si animaran a sus guerreros.

En el centro, frente a la formación de los que se aprestaban para salir en plan de guerra, el rey Tobo aparecía sentado en un elevado trono de madera. Sus abotargados ojillos, semiocultos entre los pliegues grasosos de sus anchos mofletes, brillaban de excitación ante la perspectiva que se le presentaba.

Sus espías batúas acababan de anunciarle la presencia en el territorio de nuevos aspirantes a ser digeridos por su estómago. De la última remesa tan solo quedaban ya un negro y los dos blancos que habían logrado capturar de nuevo después de su intento de fuga. Esto y el pensamiento de que el tercer blanco había podido escapar, dando lugar a que su despensa se estuviera agotando, había empezado a entristecerle.

Pero los dioses le favorecían, poniendo al alcance de sus guerreros nuevas víctimas que sacrificar para satisfacer su insaciable gula.

De ahí la alegría que experimentaba, mientras se relamía los abultados labios y acariciaba su enorme vientre, dedicado siempre a una continua digestión.

Sí. El rey Tobo estaba muy contento. Mientras contemplaba los preparativos de sus guerreros para ponerse en marcha, sus pensamientos se concentraban en las jaulas que había detrás de él.

Al amanecer del día siguiente, daría orden de que procedieran al sacrificio de sus últimas reservas. Era su costumbre cuando se avecinaba una nueva remesa, liquidar todas las existencias anteriores.

La tarde empezaba a declinar cuando los guerreros bahuana se internaron en la selva precedidos de sus escurridizos batúas. En el

kral solo quedaron las mujeres y niños, los viejos que ya no podían guerrear y el rey Tobo. Naturalmente, los prisioneros no contaban.

En una de las jaulas, el profesor Irving Corey aparecía tendido de bruces en el suelo. A su lado, también con aspecto de similar postración, otro hombre blanco de mediana edad, cuyo rostro estaba cubierto de espesa barba, hacía verdaderos esfuerzos para mantenerse sentado, con la espalda apoyada en uno de los troncos que servían de barrotes. Era el doctor Keel.

Perdidas todas las esperanzas, los dos habían llegado a la conclusión de que, más pronto o más tarde, su destino era el de ir a parar al estómago del rey Tobo. Ausentes de cuánto les rodeaba, ni el uno ni el otro cambiaron de postura, cuando se marcharon los guerreros dejándolos solos.

Se hizo de noche y salió la luna. Pero los dos blancos siguieron sin moverse. Para ellos ya no exista el tiempo. Estaban vivos porque latían sus corazones. Por lo demás era como si hubiesen muerto.

Y pasaron las horas. En el silencio de la noche no se oían otros ruidos que los propios de la selva que les rodeaba. Menos un viejo centinela colocado junto a la choza del rey Tobo los demás habitantes del kral se habían acostado. Pero de pronto...

Procedente de la parte sur del poblado, se oyó ruido, aún lejano, que producían muchas voces al acercarse. Al momento, como si aquello fuera una señal, la aldea en pleno adquirió inusitada animación.

De las chozas empezaron a salir mujeres, niños hombres viejos que llevaban en sus manos lo que resultó ser antorchas que iban encendiendo en el fuego sagrado que ardía en el centro. Luego, varios de los viejos comenzaron a golpear unos tambores, cuyo sonido se elevó en el aire.

A medida que las voces de los que se aproximaban, invisibles aún, se percibían con mayor claridad, los tambores aumentaban la velocidad de su ritmo. Poco a poco el aire fue llenándose del estruendo que armaban los que, impacientes, lanzaban gritos de llamada que eran contestados por los que cada vez estaban más próximos.

Y por fin, de la espesura surgió un grupo de pequeños batúas. Después otras dos filas, también de pigmeos, y por último los prisioneros que habían cogido, estrechamente vigilados por los guerreros bahuana.

Una vez dentro del poblado, los batúas desaparecieron detrás de las chozas. Poco después hizo su aparición el rey Tobo el cual, alumbrado por la luz de las antorchas, procedió al recuento de los

cautivos.

Luego regresó a su choza, dejando que sus súbditos se encargaran de los prisioneros. Y así fue. Apenas desapareció él, los bahuana empujaron con sus lanzas a los que habían capturado para obligarles a entrar en las jaulas que otros ya habían abierto.

El profesor Corey y su compañero continuaban en la misma posición. De haber prestado atención a los prisioneros les habría extrañado que, a diferencia de lo que hicieron con ellos, en aquella ocasión encerraban sin separarlos de los negros, a los cuatro cuyas vestimentas eran propias de exploradores blancos.

Pero tanto el profesor Corey como el doctor Keel no demostraron el menor interés por sus nuevos compañeros de infortunio. Oían los cánticos de los bahuana y los lamentos y rezos de los negros cautivos, con la misma pasividad con que se habían resignado a su suerte. Sin hacer el menor caso a nada. Ni siquiera se habían dado cuenta de que el último negro que habían capturado con ellos se encontraba ahora en su misma jaula.

Al amanecer, el poblado empezó a adquirir movimiento. Junto al gran fuego sagrado las mujeres colocaron una especie de marmita hecha de barro. A la derecha, sobre una gran piedra plana, colocaron otras, mazas de madera, cuchillos, gruesos garrotes con púas y un trípode del que pendía una rama en forma de gancho.

Poco después, otras mujeres dejaron junto a marmita varias cortezas de árbol destinadas a servir de bandejas, en las que vertieron un poco de agua.

¡La mesa del sacrificio quedaba así dispuesta!

El sol alumbraba ya todo el calvero donde se encontraba instalado el *kral*, cuando el rey Tobo dio una orden en voz alta. Al momento, seis guerreros bahuana se encaminaron hacia la jaula donde solo se veían tres prisioneros.

El profesor Corey, el doctor Keel y su compañero negro de la última noche, fueron conducidos a rastras hasta la gran piedra que servía de potro de martirio. Al final había llegado para ellos el momento de la cruel «maceración». Cada uno tenía a su lado a los dos que iban a hacer de respectivos verdugos.

Al primero que le tocó el turno fue al negro. El infeliz trató de resistirse, pero, debilitado como estaba, no costó gran trabajo someterle.

Uno de sus verdugos le obligó a tumbarse de espaldas sobre la losa, mientras el otro recogía una de las mazas. Un tambor cercano empezó a sonar a un ritmo lento y fúnebre...

El de la maza permaneció un segundo buscando el sitio donde

empezar a golpear sin miedo a ocasionar la muerte a su víctima. Sus ojos centelleaban al dar a entender que ya había elegido el punto exacto y, tomando impulso, abatió el brazo armado. Pero entonces...

El alarido que soltó el infeliz negro, al ver descender hacia él la maza que empuñaba su verdugo, se mezcló de pronto con un grito de colectivo asombro que brotó de los labios de todos los presentes... por encima de todo, el estruendo de un disparo de rifle retumbó en el aire.

El bahuana de la maza se desplomó sobre su presunta víctima con la cabeza destrozada de un balazo. Luego siguió un segundo de silencio. Todos los ojos miraban intrigados a su alrededor, tratando de descubrir de dónde había partido el «trueno de fuego» que acababa de matar a uno de sus compañeros. Pero por más que buscaron no pudieron ver nada.

Entonces, el rey Tobo levantó una mano haciendo una seña a los guerreros que, en el acto, se precipitaron corriendo hacia donde habían dejado sus armas.

De nuevo tronó el rifle, ahora tres veces seguidas, y otros tantos bahuanas rodaron por el suelo, sin vida.

De detrás de las chozas surgieron los pequeños batúas con sus cerbatanas dispuestas a disparar. Al lado de los bien proporcionados guerreros bahuana, de esbeltos miembros negros como el ébano, los batúas, con su menguada estatura, el color ligeramente pardo de su piel, las bocas enormes, los ojos hundidos y sus narices chatas, aumentaban el contraste que existía entre ellos.

Solo una cosa era común a todos en aquellos momentos: su desconcierto.

El invisible enemigo que los hostilizaba había sabido elegir el momento en que, alejados de sus armas, los bahuana no podían hacer nada por defenderse. Cada vez que alguno, más osado que los demás, intentaba aproximarse al lugar donde se veían clavadas en el suelo las lanzas y azagayas, el oculto tirador le hacía morder el polvo, antes de que llegara a rozarlas con su mano.

Poco a poco un temeroso respeto hacia aquel «trueno de fuego» que producía la muerte desde lejos, fue apoderándose de todos. De nada sirvió que el rey Tobo ordenara al hechicero que hiciera algo para combatir aquel peligro. La primera vez que el «mago» se movió, una bala bien dirigida acabó para siempre con todos sus maleficios.

Fue entonces cuando, por primera vez desde haría mucho tiempo, los ojos del profesor Corey y los del doctor Keel adquirieron

nuevamente expresión. En su fuero interno sabían que aquello no podía durar indefinidamente. Había que hacer algo más para que los esfuerzos de aquel oculto tirador tuvieran éxito.

Los dos hombres cambiaron una mirada entre sí y en el acto se comprendieron.

Los dos a la vez habían pensado lo mismo. Resultaba peligroso, pero no tanto como lo que les ocurriría si seguían sin hacer nada. Y pusieron manos a la obra.

Súbitamente, sacando fuerzas de flaqueza, echaron a correr en dirección a la choza del reyezuelo, los que estaban a su lado trataron de detenerlos, pero esta vez fueron tres rifles los que hablaron. Tres rifles que, disparando a mansalva, tumbaron patas arriba a los que se habían atrevido a moverse.

De haber estado acostumbrados a las armas de fuego, a los bahuana no les hubiera sido difícil descubrir de dónde provenían los disparos. Si lo descubrieron al fin fue porque las miradas de los que estaban encerrados en las jaulas se dirigían todas a un mismo sitio: Hacia la copa de un árbol de los más próximos al poblado.

Entonces, algunos batúas dispararon sus cerbatanas hacia allí. Pero no consiguieron otra cosa que recibir una lluvia de plomo.

Entretanto, el profesor Corey y su amigo el doctor habían llegado a la choza del rey Tobo. Sabían que era allí donde se encontraban las armas que les habían quitado cuando fueron hecho prisioneros, y aquello era lo que buscaban.

No tardaron en dar con ellas. Pero en tal estado de corrosión que pronto comprendieron que no les serviría de nada.

—Las municiones se conservan en buen estado —dijo el doctor, que había abierto una de las cajas apiladas en un rincón—. Pero los rifles y revólveres están tan mohosos que tardaríamos mucho tiempo en ponerlos en condiciones de utilizarlos.

El profesor Corey parecía haber recobrado de pronto toda su energía. Incapaz de mantenerse en pie había tenido que sentarse en el suelo. Pero sus ojos brillaban ahora esperanzados.

—Estas cajas nos pueden servir de algo —respondió—. Si pudiéramos sacarlas fuera... —tendió el oído para escuchar los nuevos disparos y el vocerío que llegaba del exterior y, de pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó—: ¡Los prisioneros! ¡Ellos pueden ayudarnos!

El doctor Keel se había quedado pensativo. El brillo de sus ojos era tan intenso que el profesor le miró con extrañeza.

—¿En qué está pensando, Keel? —preguntó.

—Se me ha ocurrido una idea —respondió el doctor—. Salga

fuera y dirijase hacia las jaulas para atraer la atención de los bahuana. De lo demás no se preocupe.

Aunque intrigado, el profesor hizo lo que le decían. Caminando a rastras salió de la choza para alejarse de ella en dirección a las jaulas ocupada por los prisioneros.

Recorrió así una veintena de yardas y, de pronto, notó que el silencio se hacía a su alrededor. Todos los habitantes del poblado miraban ahora hacia un mismo sitio. Imitóles él también y a punto estuvo de lanzar una exclamación de asombro.

Procedente de la selva, un hombre completamente recubierto de anchas tiras de corteza de tucula, avanzaba hacia el centro del campamento, llevando el cañón de su rifle apuntando al pecho del rey Tobo.

De su cuerpo solo se veían las botas y los gruesos guantes con que cubría sus manos. Alrededor de su cintura, de una bien provista canana, pendían media docena de revólveres dispuestos para ser utilizados.

Los bahuana mostraban en sus rostros evidentes señales de profundo temor. Temor que se convirtió es pánico cuando, el para ellos extraño ser, llegó junto al fuego sagrado, pasó una mano por encima de las bandejas que contenían cosa de un dedo de agua y al momento, esta empezó a despedir espuma, dando la sensación de que se ponía a hervir.

Menos el rey Tobo, los demás bahuana e incluso los batúas cayeron de rodillas ante el que, ya no había duda, tomaban como a un dios.

Desde donde se encontraba, el profesor Corey no pudo por menos que admirar la osadía de aquel desconocido. Quienquiera que fuese, además de derrochar valor estaba demostrando que le sobraba también inteligencia. A nadie se le había ocurrido emplear un puñado de magnesia para engañar a los salvajes haciéndoles creer que poseía el poder sumo de hacer hervir el agua con un solo gesto.

De momento los tenía a todos dominados. Pero ¿por cuánto tiempo?

No tuvo que esperar mucho para saberlo. El rey Tobo había identificado las armas del intrépido desconocido como iguales a las que guardaba en su choza, pertenecientes a los blancos que capturó seis meses antes. Vio después que el hombre echaba a andar en dirección a las jaulas de los prisioneros y, haciéndose la luz en su cerebro, dio varias órdenes en voz alta.

Al instante, los batúas empezaron a disparar sus cerbatanas

contra el que ya sabían que no era un dios, mientras los demás guerreros bahuana se precipitaban corriendo en busca de sus azagayas.

Los que se escondían en el árbol cercano abrieron un nutrido tiroteo contra los salvajes, mientras el de las cortezas hacía lo mismo con su rifle y después con dos de los revólveres que llevaba.

Pero, aunque muchos bahuanas y batúas habían caído, los que quedaban no cejaban en su empeño de avanzar hacia sus armas, sin las cuales no podían hacer nada contra su enemigo.

Nadie se fijaba en el profesor Corey que, a costa de ímprobos esfuerzos, había conseguido alcanzar las jaulas donde se encontraban encerrados los prisioneros. Lo malo fue que una vez allí no pudo hacer nada útil.

Carecía de fuerzas para correr el tronco que hacía de cerrojo y, para colmo de males, el desconocido de las cortezas se encontraba ya en un verdadero apuro.

De todas las armas que había llevado, tan solo le quedaban municiones en el revólver que ahora empuñaba. Si los que disparaban desde el árbol no conseguían detener el avance de los bahuanas hacia sus armas, en cuanto él disparase el último cartucho ya no habría salvación para ninguno.

Por otra parte, ignoraba lo que el doctor Keel estaba haciendo en la choza del reyezuelo. La cabeza empezó a darle vueltas. Borrosamente distinguió la figura del que, en aquel momento, al cesar bruscamente de disparar los que se encontraban en el árbol, empuñaba el rifle por el cañón dispuesto a utilizarlo como maza.

Medio inconsciente ya y con la seguridad de que todas sus esperanzas habían sido vanas, el profesor rodó por el suelo. Y coincidiendo con su caída...

Una horrisona explosión, seguida de otras algo más débiles, retumbo en el poblado bahuana. La choza del rey Tobo saltó en el aire hecha pedazos, mientras las llamas que brotaban de ella se propagaban a las otras chozas colindantes.

Las mujeres y los niños empezaron a gritar despavoridos. Los guerreros se olvidaron de sus armas y hasta al rey Tobo se le vio correr por primera vez.

El poblado se había convertido de pronto en un infierno.

El fuego seguía extendiéndose a las demás chozas con sorprendente rapidez. Y no era aquello solo. De entre las brasas en que había quedado reducida la choza del reyezuelo, las secas detonaciones de los cartuchos que iban explotando aumentaban el desconcierto de los ahora aterrorizados salvajes.

El único que no perdió la serenidad fue el desconocido de las cortezas. Libre momentáneamente de tener que enfrentarse a los bahuanas, se precipitó corriendo hacia las jaulas. De un poderoso tirón corrió hacia un lado el tronco que cerraba las puertas, al mismo tiempo que gritaba, dirigiéndose a uno los prisioneros vestido con pantalón *brick* y camisa caqui:

—¡Rápido, Bosambo! Apoderaos de las armas de los bahuanas y corred hacia el árbol que hay al lado del kral.

Y sin esperar a más, el que había hablado se agachó para coger entre sus brazos el cuerpo inconsciente del profesor.

Al incorporarse debió notar que la máscara que llevaba le impedía respirar bien, al mismo tiempo que le restaba visibilidad, y de un manotazo se la arrancó.

La luz del sol y el rojizo resplandor de las llamas dieron de lleno en las viriles facciones de Frank Lethier.

Los bahuanas corrían aterrorizados de un lado a otro, plenamente convencidos de que su dios Otokum les enviaba aquel castigo para exterminarlos. El rey Tobo hacía cuantos esfuerzos podía para huir de las llamas que parecían perseguirle. Pero su voluminoso cuerpo, medio atrofiado por el continuo ocio y el abuso de comilonas, no solo le impedía correr, sino que se convertía en un peligro para los que corrían detrás de él.

Y entonces le llegó el turno de pagar su precio por aquella vida de regalo que se había dado siempre. Olvidando que se trataba de su rey, los que le seguían le empujaron para apartarle a un lado, aunque lo que hicieron fue arrojarle al suelo. Después nadie se dio cuenta de que le pisoteaban al pasarle por encima. Allí quedó, completamente abandonado de todos hasta que una de las chozas convertidas en hogueras se derrumbó sobre él.

Así acabó el rey Tobo su reinado de la gula¹⁶. El peso de su estómago, que durante toda su vida había sido su mayor placer, fue lo que al final le condujo a la muerte. De haber estado tan ágil como cualquiera de sus guerreros le habría sido fácil salvarse.

Entretanto, Bosambo y los demás prisioneros libertados habían llegado junto al árbol que el cazador les señalara como punto de reunión. Entre ellos figuraba también, el negro que por verdadero milagro había escapado del suplicio de la «maceración».

Frank Lethier llegó el último, cargado con el cuerpo del profesor.

—¡Bosambo, Botoli, Sengo! —ordenó, apenas estuvo junto a ellos—. Buscad entre los matorrales y encontraréis varias cajas con municiones. Traedlas enseguida y recargad mis armas. ¡Pronto!

Dejó caer la canana con los revólveres y su rifle y a continuación,

levantando la cabeza para mirar hacia arriba, llamó:

—¡Señorita Corey! ¡Señor Graban! ¡Hatton! ¿Por qué no bajan?
¡Tenemos que marcharnos de aquí enseguida!

Nadie le respondió. Repitió la llamada por tres veces seguidas y finalmente, intrigado a más no poder, dejó en el suelo el cuerpo todavía inconsciente del profesor y empezó a trepar por el árbol.

En pocos segundos llegó a la rama donde había dejado escondidos a sus compañeros. En la parte que miraba hacia el campamento bahuana, las hojas presentaban las señales dejadas por los fogonazos de los disparos.

Pero de Hellen Corey y los otros dos que la acompañaban cuando él se marchó, no se veía el menor rastro.

Parecían haberse volatilizado.

CAPÍTULO VII

Frank Lethier arrugó el entrecejo, mostrando en su rostro la característica expresión que adoptaba el sentirse desconcertado por algo. Esto ocurría pocas veces, pero en aquella ocasión no podía ser más grande su desconcierto.

Estaba completamente seguro de que era en aquel árbol donde había dejado a los que ahora no encontraba. Tanto las hojas chamuscadas como los cartuchos vacíos que había visto alrededor del tronco antes de subir, no dejaban lugar a dudas. Y, sin embargo, de Hellen Corey, Cedrie Grahlan y Paul Hatton no había la menor señal, excepto aquello.

Intrigado hasta la exageración. Frank Lethier descendió al suelo. Comprobó que Bosambo y los demás habían cumplido sus instrucciones, pero de los que buscaba nadie pudo decirle nada.

Para el cazador aquello representaba un verdadero problema. Disponía del tiempo justo para huir de allí, y no podía hacerlo sin saber antes qué había ocurrido a la hija del profesor y a sus acompañantes.

De pronto recordó algo que hasta entonces había olvidado; Que cuando más necesitaba del apoyo de los rifles que disparaban desde el árbol, estos habían dejado bruscamente de hacer fuego. ¿Por qué?

Le fue imposible dar con la respuesta adecuada. El misterio seguía siendo tan impenetrable como al principio. Por otra parte, no podía perder tiempo. En cuanto los bahuanas se recobraran de su primer susto tratarían de impedirles que pudieran escapar.

—Bosambo —llamó el cazador a su *mulak*—. Ya puedes quitarte esas ropas que te presté. A ti te estorban y en cambio el profesor las necesita... ¡Sengo, Botou, Kolo! —se dirigió a los otros tres negros que asimismo iban vestidos como él—. Vosotros también podéis quitároslas. Después, con las camisas, construid unas parihuelas para llevar en ellas al profesor. Entretanto yo voy a echar un vistazo. Enseguida vuelvo.

Se había despojado de las tiras de corteza que le cubrían y ahora se movía con mayor facilidad. Partiendo del árbol empezó a buscar algún rastro que le permitiera descubrir por dónde se habían marchado los que buscaba.

Y por fin lo encontró. Diseminadas por el suelo, como si hubieran ido tirándolas a medida que se alejaban de allí, vio las

cortezas con que él mismo recubrió el cuerpo de Hellen Corey. Las reconoció en el acto por ser las más ligeras de todas las que sus portadores habían arrancado.

Aquello ya era algo. Ahora sabía, aunque no la razón de ello, que la muchacha y los otros dos se habían internado en la selva. Y aquel detalle bastaba para ponerse en camino detrás de ellos.

Retrocedió de nuevo en busca del árbol donde los demás le esperaban y, como suponía, encontró a los tres *mulaks* que en aquel momento colocaban al profesor en unas angarillas.

—¡Pronto! —ordenó con voz potente—. Seguidme todos, procurando hacer el menor ruido posible. ¡Ah! Y no se os olvide —advirtió a los portadores que en vez de bultos llevaban ahora azagayas, lanzas o escudos—, que debéis utilizar esas armas si los bahuanas nos atacan. Todos sabéis lo que os espera si os cogen. Andando.

Frank Lethier se colocó en cabeza, seguido por los que llevaban al profesor y los demás portadores, en cuyos rostros se reflejaba el pánico que sentían. De no haber sido por la presencia del cazador, cuya protección ansiaban, todos habrían salido corriendo.

A través de las copas de los árboles, el sol derramaba sus tórridos rayos sobre los sudorosos cuerpos de los negros. Habían rebasado ya el punto donde Frank Lethier encontrara las cortezas que llevaba el día antes Hellen Corey, y el cazador aminoró un poco el paso, tratando de descubrir nuevas señales de ella.

El profesor Corey aún no había recobrado el conocimiento. La debilidad de su organismo, unido a la impresión recibida cuando dio por fracasado aquel último intento por salvarse, habían agotado sus pocas energías produciéndole aquella postración.

Pero el cazador no hizo nada por reanimarle. En cierto modo, el estar inconsciente facilitaba su transporte. Y avanzar con rapidez era lo que más importaba en aquel momento. Primero para poner la mayor distancia posible entre ellos y los bahuanas. Y segundo porque era la única manera de alcanzar a los que iban delante.

Al cabo de media hora de caminar. Frank Lethier se detuvo. No hubiera podido decir por qué: pero hubiera jurado que por allí no habían pasado los que buscaba. Inquieto, iba ya a dar la orden de retroceder cuando, de pronto, el estampido de tres disparos de rifle llegó claramente a sus oídos.

En el acto sus ojos adquirieron nueva luz. Los tiros habían sonado a su derecha y a bastante distancia. Pero era la pista que él necesitaba. Ahora ya sabía con certeza la dirección que debían tomar.

A partir de entonces ya no se entretuvo en buscar más señales, internándose ahora por una especie de sendero que se abría a la derecha, Frank Lethier aumentó la velocidad de su marcha. Pegados a sus talones, relevándose de tanto en tanto, iban los que conducían las angarillas con el profesor. Los otros avanzaban un poco más rezagados.

Durante el primer cuarto de hora, la marcha a través de aquel trozo de selva resultó bastante penosa, debido al excesivo calor y a los millares de mosquitos que les asediaban. Después, aunque los mosquitos seguían picándoles, el ambiente pareció refrescar algo. La espesura se iba aclarando, permitiendo que el aire entrara con más libertad e incluso formar corrientes que mitigaban el bochornoso calor.

Aquel pequeño alivio pareció animarlos. Con nuevos bríos continuaron detrás del cazador y diez minutos después, por entre los árboles, descubrieron las sucias aguas de un anchuroso río.

Alcanzada la orilla, Frank Lethier oteó a su alrededor tratando de descubrir alguna señal de la presencia de los que suponía no podían estar muy lejos.

Pero allí no había nadie. Y como quiera que el río, dada su anchura, no podían haberlo atravesado en tan poco tiempo al no disponer de balsas o canoas, la explicación de no encontrarlos allí solo era una: No debían haber salido aún de la selva.

—¡Señorita Corey! ¡Señor Graham! ¡Hatton! —gritó, colocando las manos a modo de bocina para que llegara más lejos la voz—. ¡Estoy aquí! ¡En la orilla del río!

Esperó durante algún tiempo, pero al no recibir la menor respuesta, apuntó con su «mataelefantes» al aire y apretó el gatillo.

El poderoso estampido del rifle atronó con sus ecos toda aquella orilla. Pero nadie contestó tampoco.

Aquello era ya demasiado para el cazador. Completamente convencido de que los que buscaba no podían estar muy lejos, no comprendía el porqué de su silencio. A menos que alguien o algo se lo impidiera...

Interrumpiendo sus meditaciones, echó a correr bruscamente hacia un árbol que, no muy lejos de la orilla del río, se veía a unas cincuenta yardas de donde ellos se encontraban.

La agudizada vista del cazador había descubierto las verdosas escamas de un cocodrilo que, abandonando el agua, se servía ahora de sus cortas patas para dirigirse en línea recta hacia el pie del árbol.

Y Frank Lethier sabía lo que aquello significaba. Solo el olor de

la sangre fresca era capaz de atraer a un cocodrilo, obligándole a salir del agua con aquella rapidez.

Sin dejar de correr, el cazador buscó con la vista lo que ya no había duda era el objetivo del enorme reptil. Pero cuando lo descubrió se encontraba ya casi encima. Lo que había atraído al enorme saurio era nada menos que el cuerpo inerte de un hombre. Un hombre en el que, a la primera ojeada, Frank Lethier reconoció a Cedrie Grahman, el prometido de Hellen Corey.

No obstante, la sorpresa recibida, el cazador actuó con su acostumbrada rapidez. Normalmente, el cocodrilo habría huido al verle llegar, o plantado cara según la distancia a que se hallara de él. Más en aquella ocasión, la atracción de la presa que ya debía saborear mentalmente era tan grande, que haciendo caso omiso del que venía a interrumpirle, prosiguió su avance.

Y aquello fue su perdición. En el momento en que, con la enorme boca abierta, trataba de introducir la mandíbula inferior por debajo de las piernas de su ya segura víctima, una bala capaz de matar a un elefante, le entró por el ojo derecho yendo a alojarse en su cerebro.

Mezclado con el estruendo de la detonación, se oyó el seco chasquido que hacían las mandíbulas del cocodrilo al cerrarse de golpe. Aunque ya muerto, de haber tenido entre ellas, las piernas que perseguía las habría segado con la mayor facilidad. Pero por fortuna para la presunta víctima, el cazador había intervenido a tiempo.

Frank Lethier se arrodilló entonces junto al caído. Tenía una herida en la frente, pero no estaba muerto. Ni siquiera grave. Por verdadero milagro, el tiro que había recibido no le atravesó la cabeza. La bala únicamente había abierto una brecha encima del ojo izquierdo, aunque el impacto fue suficiente para hacerle perder el sentido. Luego, al manar la sangre, el herido se fue debilitando, haciendo más difícil su recuperación.

De lo que no había dudas era que, de no ser por la oportuna llegada de Frank Lethier, ya nunca habría vuelto en sí. El cocodrilo habría acabado con él definitivamente.

La primera intención del cazador fue la de dejarle allí mientras él echaba un vistazo por los alrededores, donde suponía debían estar también Hellen Corey y Paul Hatton. Pero el temor, lógico encontrándose a la orilla de un río, de que otros saurios acudieran al olor de la sangre, le obligó a demorar la búsqueda hasta que el aristócrata estuviera completamente a salvo.

Hizo señas con un brazo hacia donde había dejado al profesor y

los demás negros, y al momento vio cómo su *mulak* echaba a correr hacia él.

—Escúchame bien, Bosambo —le dijo, apenas llegó a su lado—. Conduce a *Bwana* Cedrie junto al otro hombre blanco y empieza a curarle la herida que tiene en la cabeza. Yo voy a ver si encuentro a los otros dos que le acompañaban. No pueden estar muy...

De pronto dejó de hablar. El herido acababa de abrir los ojos y le miraba con increíble asombro. Después...

—Señor... Lethier —pronunció con voz débil—. Paul... Hatton... se ha llevado a... Hellen... a la fuerza... Mató a... dos pigmeos para... apoderarse de... su canoa y... luego... disparó contra mí... ¡Por favor!... No... permita que...

La última frase quedó sin terminar. Cedrie Grahán había perdido de nuevo el sentido.

Bosambo se inclinó sobre él con la intención de tomarlo entre sus brazos para llevárselo. Pero no llegó a tocarlo. La voz del cazador, ronca y tan fría que le produjo un escalofrío, le hizo pegar un salto hacia atrás.

—¡Déjale! Bosambo. Ya no es necesario moverle. Di a los demás que se acerquen y le curaremos aquí. ¡Vamos! No te quedes ahí parado. ¡Date prisa!

Minutos después se les unían los demás. Colocaron al profesor junto al herido y Frank Lethier, utilizando lo poco que había podido salvar de todos sus pertrechos, procedió a intentar reanimar a ambos hombres, mientras los negros empezaban a trabajar en la construcción de varias balsas.

Empezó por el aristócrata y, como esperaba, una vez taponada la herida y sorbidas unas gotas de licor, el joven abrió los ojos.

—Animo, señor Grahán —le habló el cazador, que ya se había dado cuenta de que el choque de la bala era en realidad lo que le había producido aquel decaimiento—. Su herida no tiene importancia. En cuanto haya descansado se encontrará mucho mejor.

—No se preocupe por mí, señor Lethier —respondió el herido, hablando ahora con mayor seguridad—. Lo que interesa es rescatar a Hellen de manos de ese bandido. Hatton es capaz de...

—De cualquier cosa, ya lo sé —le interrumpió el cazador, para añadir enseguida—: Sin embargo, ante todo necesito saber qué ocurrió ¿Se cree con fuerzas para contestar a unas preguntas?

—Desde luego. Cada segundo que pasa me encuentro mejor. Empezaré.

—En primer lugar, dígame: ¿Qué pasó para que dejaran de

disparar contra los bahuanas? De no ocurrir un verdadero milagro me hubieran cogido a mí también.

—Eso fue lo que dijo Hatton. Aseguró que no tenía escapatoria posible y que, si no huíamos a tiempo, también caeríamos nosotros. Naturalmente, Hellen y yo no le hicimos caso. Intentamos abrir de nuevo el fuego contra los salvajes, pero de un zarpazo, Hatton nos arrancó los rifles de las manos. Luego, amenazándonos con el suyo, nos obligó a descender del árbol y seguirle. A todo correr nos alejamos de los alrededores del poblado y poco después oíamos una gran explosión seguida de otras menos potentes, mezcladas con un enorme griterío. Pero Hatton no nos permitió hacer alto. Continuamos corriendo durante más de media hora y por fin, al llegar a dónde la selva parecía aclararse algo, dejamos de correr para seguir andando.

Hizo el aristócrata una pausa para recobrar el aliento y continuó:

—Al cabo de otra media hora de avanzar sin descanso, llegamos a la orilla de este río. Justamente en que dos pigmeos saltaban a tierra desde la canoa en que viajaban. Entonces Hatton disparó sobre ellos y, una vez muertos, los arrojó a la corriente. Pero después vino lo peor. Me encañonó a mí con su rifle y, riéndose, me comunicó sus propósitos. Según dijo no me había matado antes para no dejar rastro detrás. Pero que ahora iba a deshacerse de mí, dejándole a él como único dueño de la mujer que desde hacía años siempre había considerado como suya. Furioso por lo que oía me precipité sobre él, pero sentí un golpe en la cabeza y ya no recuerdo más, hasta que hace un momento le vi a usted.

—Pues tuvo usted suerte. Aun ahora me cuesta trabajo creer que Hutton fallase un blanco tan próximo. Sé que es un magnífico tirador y... pero dejemos esto para ocuparnos de lo que interesa. Dígame: ¿Recuerda cómo era la canoa que quitó a los pigmeos? ¿Aplanada u honda?

—Aplanada. Pero me dio la impresión de ser muy rápida.

—En efecto. Por las trazas debe ser un «bapug» batúa y esas canoas son muy veloces. Pero a Paul Hatton le hubiera convenido más, cualquier otro modelo de los que usan los salvajes de este territorio. En ese «bapug» no podrán ir muy lejos. El exceso de carga produce el hinchamiento de la corteza de que están contruidos y, cuando esto ocurre, se hunden. Por lo tanto, se verá obligado a saltar a tierra y seguir su viaje a pie.

—Entonces, ¿cree que podremos alcanzarle?

—Puede estar seguro. Las balsas ya están a punto y podemos

salir enseguida... ¡Hola! Parece que el profesor comienza a dar señales de vida. ¡Estupendo! Empezaba a preocuparme su prolongado desvanecimiento.

Pero cuando el profesor Corey abrió los ojos ya se encontraba navegando sobre las aguas del Lulua. El cazador había repetido con él la misma operación que practicara días antes con Paul Hatton.

—¡Frank Lethier! —fueron las primeras palabras que pronunció el profesor al reconocer al que estaba a su lado—. ¡Será posible! ¡Frank! ¡Muchacho! ¿De veras eres tú?

—Sí, profesor. Pero guarde ahora silencio. Se encuentra muy débil y, además, tendremos tiempo de sobra para las explicaciones. Ahora hay algo que urge más.

Llevaban una hora bogando. El sol del mediodía caía sobre ellos como si fuera plomo derretido. Pero nadie se quejaba. Los negros manejaban las enormes pértigas de que se habían provisto, con toda la fuerza y vigor de que eran capaces.

Las tres balsas que construyeran surcaban las sucias aguas con mayor rapidez de la que ellos mismos habían supuesto.

En cierta ocasión, al llegar a una curva en cuyo centro surgía una pequeña isla cubierta de espeso follaje, les faltó muy poco para embarrancar. Por fortuna, Frank Lethier tuvo tiempo de avisar a los que le seguían. Salvo un ligero encontronazo de su balsa, las otras dos consiguieron salvar el obstáculo sin mayores dificultades.

A partir de entonces el río se hizo más intrincado. Aparecieron farallones en las orillas, isletas y canales en plena corriente, aguas más turbulentas y, por último, una tupida vegetación que casi cubría el ahora menos anchuroso río.

El cazador ordenó aminorar la velocidad. De pie en el centro de la balsa que iba en cabeza, concentraba toda su atención en observar las dos orillas. Así permaneció durante largos minutos hasta que, de pronto, con la vista clavada en un punto situado a su derecha, hizo señas a los de las pértigas para que se arrimasen a la orilla.

—¿Qué ocurre, señor Lethier? —indagó Cedrie Graban, excitado—. ¿Acaso los ha descubierto?

—A ellos, no —respondió tranquilamente el cazador—. Pero o mucho me equivoco o ahí está el «bapug» que han tenido que abandonar.

El profesor Corey había sido puesto ya al corriente de todo. A él no le dejaron hablar para que no gastara energías. Cedrie Grahman, que se encontraba bastante recuperado, había sido encargado por el cazador de cuidarle.

En aquel momento alcanzaban la orilla. Frank Lethier saltó a tierra y después de estudiar durante unos minutos el terreno, regresó a la balsa.

—Pongan atención en lo que voy a decirles. Usted, profesor, continúe sin moverse. Su misión consiste en recuperar energías y no debe pensar en otra cosa. En cuanto a usted, señor Graham, se hará cargo del mando y continuará con las balsas río abajo. Yo voy a seguir la pista que he encontrado de Hatton. Ustedes vayan ahora lo más despacio que puedan y recorran unas diez millas. Luego atraquen a este mismo lado del río. Tienen armas y municiones. Si algo ocurriera, avísenme disparando tres tiros espaciados al aire. ¿De acuerdo?

El profesor Corey asintió con un leve movimiento de cabeza. Pero con la vista parecía rogar al cazador que se preocupara por su hija.

—De acuerdo. Pero ¿por qué no se lleva a Bosambo con usted? —dijo Cedrie Graham, mirando con extraída fijeza a los ojos de Frank—. Puede serle útil.

—Desde luego —admitió el cazador—. Pero Bosambo es más necesario aquí. Además...

Interumpióse bruscamente, giró sobre sus talones, dispuesto a marcharse.

—¡¡Lethier!! —llamó el aristócrata de pronto.

—¿Qué le ocurre, señor Graham? Le noto algo raro.

—Verá. Quería decirle que... No. Nada. Será mejor que lo descubra usted mismo cuando se vea con ella... Buena suerte.

Intrigado por aquellas palabras cuyo significado no comprendía, Frank Lethier desapareció entre la espesura.

CAPÍTULO VIII

Avanzando penosamente por la selva, Hellen Corey seguía casi a rastras los pasos de Paul Hatton. Dos horas antes se habían visto obligados a abandonar la frágil canoa que Hatton robara a los pigmeos que asesinó.

Y desde entonces, la muchacha ya no tuvo dudas respecto a las intenciones de su captor. Considerándose dueño de la situación. Paul Hatton no disimuló en nada sus bajos instintos ni la ruindad de su alma.

—Camina a mi lado —le había dicho, tuteándola—, y procura no rezagarte. Lo pasarías muy mal sin mi protección. Bueno. Y no pongas esa cara. En realidad, tenías que estar me agradecida. Te he librado de ser devorada por las bahuanas y de un novio que no te convenía. Yo soy mejor partido. Ya te convencerás.

Después, lanzando una cínica risotada, el miserable había empezado a andar, dando por descontado que ella le seguiría.

Pero se equivocó. Hellen Corey le dejó marchar, sin poder sospechar que aquello iba a costarle caro.

Cuando Paul Hatton se dio cuenta de que iba solo, su rostro reflejó una furia demoníaca. Rápidamente retrocedió sobre sus pasos y apenas alcanzó a la que en aquel momento se disponía a echar a correr en dirección contraria, sujetó sus cabellos con una de sus manos y con la otra, después de soltar el rifle, la abofeteó sin piedad.

—¡Que sea la última vez que me desobedeces! —la amenazó, después que se hubo cansado de golpearla—. Ahora soy yo el amo y tendrás que hacer lo que te diga. Y oye bien esto: Lo que tú y todos tomabais en Londres como vulgares manifestaciones de un fatuo explorador, iba en serio. Te dije muchas veces que solo te casarías conmigo y es lo que vas a hacer. Pero no creas que me atraen tus encantos. Nunca me han conmovido. Lo que me interesa es la fortuna de tu padre. Y ahora que eres su heredera con mucha más razón. Con que ya lo sabes. Camina deprisa. Si ya estuviéramos casados te dejaría por aquí para que sirvieras de merienda a los caníbales, pero de momento necesito de tu preciosa vida... ¡Andando!

Aquellas palabras y otros cuantos argumentos que insinuó el malvado obligaron a Hellen Corey a seguir tras él. Estaba

completamente segura de que era capaz de cumplir sus amenazas.

Y caminó deprisa. Con el corazón destrozado por lo que quedaba atrás y por todos los desastres ocurridos, de los que se consideraba verdadera culpable.

No solo no había salvado a su padre, sino que condujo a la muerte a los dos hombres más buenos y valientes que había conocido. Pero si bien el asesinato, que ella creía total, de su prometido, la había afectado profundamente, el recuerdo del hombre que abandonó cuando se estaba jugando la vida por culpa de ella, era lo que más le atormentaba. Demasiado tarde había caído en la cuenta de cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia Frank Lethier.

Ella misma se había engañado al hacer creer a todo el mundo que le aborrecía, cuando en realidad era amor lo que sentía por él. Hasta el momento en que le vio descender del árbol en que se habían escondido la madrugada antes, para dirigirse al poblado bahuana, no supo con certeza lo que el cazador representaba para ella.

Su propio prometido lo había notado, y seguramente que comprendido también, al ver la angustia que se retrataba en su rostro por el peligro que Lethier estaba afrontando. Pero la verdad era que, durante todos aquellos años, el amor que en el fondo sentía por el cazador había estado adormecido, oculto en su corazón, sin ella mismo saberlo.

Mas ahora, ¡bien cara estaba pagando aquella ceguera! Sin esperanzas de ningún género, Paul Hatton se encargaría de hacerle purgar su equivocación.

Sumida en atormentadores pensamientos, ni siquiera veía dónde pisaba. Como un autómatas avanzaba junto al canalla que, secretamente sorprendido, no sabía a qué explicar aquella docilidad.

Por fin, mediada la tarde, Paul Hatton se detuvo junto a un riachuelo de los que vertían sus aguas al río cuyo curso seguían. Hasta entonces lo habían hecho avanzando por el interior de la selva. Pero, habiendo encontrado un lugar donde crecían árboles más pequeños, Paul Hatton creyó llegado el momento de llevar a cabo su plan.

—Pasaremos aquí la noche —dijo a la joven que, rendida, se había dejado caer en el suelo—. Aprovecharé el resto del día para construir una balsa y mañana continuaremos por el río. Cien millas más adelante, es ya territorio baluba. Con un poco de suerte encontraremos a algún explorador que nos conduzca a lugar

seguro.

Hellen Corey no contestó. Además de estar completamente agotada, la sola visión del miserable le producía náuseas. Conque se mantuvo quieta en su sitio, mientras él se internaba en la espesura para volver poco después cargado de frutas variadas.

Dejólas todas delante de ella y, en silencio, se puso a comer.

—¿Por qué no me acompañas? —preguntó en tono burlón—. ¿Es que no tienes apetito?

La mirada con que ella le contestó fue demasiado significativa.

—¡Ah, vamos! —exclamó con sorna—. A la señorita le molesta mi compañía. Le hubiera gustado más estar acompañada por... ¿por quién? ¿Por tu aristocrático prometido o mejor todavía por el valiente cazador Frank Lethier?

Aquel nombre en labios del malvado la hizo explotar.

—Sí —respondió, brillantes los ojos y erguido el busto—. Con cualquiera de ellos dos estaría contenta. Y por lo que se refiere al segundo, ¡ahora me arrepiento de no haberle pedido que le diera tu merecido cuanto tanto me provocaste en Londres, hace seis años! ¡Puedes estar seguro de que lo hubiera hecho muy a gusto de haber sabido que el ayudante de mi padre era un asqueroso asesino!

Paul Hatton arrojó el chirimoyo que estaba comiendo.

—¡Eres más hipócrita de lo que creía! —exclamó, aproximándose a ella—. Con que te arrepientes de no haber pedido a Frank Lethier que me ajustara las cuentas, ¿no es eso? ¡Mala pécora! Sabes muy bien que Lethier me hizo estar una semana en el hospital. Luego desapareció de Londres, sí. Pero ¿quién si no tú le pidió que se peleara conmigo?

Hellen Corey parpadeó en el colmo de la sorpresa. Lo que acababa de oír era lo mismo que su amiga Mona le había dicho, cuando fue a pagar la apuesta que perdió con ella. Nunca lo había creído, aunque ahora resultaba que Mona acertó en toda la línea.

»—Sabía que perderías. Hellen —le había dicho—. Como has visto, Frank Lethier no ha vuelto por tu casa. Pero ¿qué me dices de Paul Hatton? Te hago la misma apuesta a que han tenido que internarle en un hospital. Frank Lethier se habrá despedido de él dándole lo suyo. ¡Estoy segura!»!

—¿Qué te pasa ahora? ¿En qué piensas? —volvió a hablar Paul Hatton, extrañado ante el silencio de ella, después de su súbito arranque. Se había acercado tanto a la muchacha que pareció que iba echársele encima. Pero no. Volviéndose a su sitio empezó a pelar un nuevo chirimoyo para luego, con la mayor naturalidad, manifestar—: Si estás pensando que podrás escapar de mis manos,

te equivocas. ¿Quieres saber por qué estoy tan seguro de que te casarás conmigo cuando lleguemos al primer poblado donde haya un sacerdote? Es muy sencillo. Porque para entonces estaremos prácticamente casados...

Hellen Corey no pudo contener un gesto de horror al oír aquella brutal declaración. Sus ahora más que nunca espantadas pupilas reflejaron la profunda aversión que le producía el solo pensamiento de que las palabras de Hatton llegaran a convertirse en realidad.

Y le vieron tan tranquilo, tan confiado, y con una mirada en sus ojos en la que se leía la más inmundicia bajeza, que Hellen Corey supo entonces lo que era el ansia de matar.

El deseo de acabar con aquel canalla fue tan fuerte que la rapidez con que se precipitó a intentarlo sorprendió al propio Hatton.

Como una loba, la muchacha cayó sobre el rifle del bandido. Consiguió apoderarse de él y hasta apuntar al miserable apretando, además, el gatillo.

Pero Paul Hatton pudo desviar a tiempo la dirección del arma.

El disparo repercutió como un trueno en la selva. Más Hellen Corey había desperdiciado su oportunidad. Mucho más fuerte que ella, y además avezado a la caza de fieras, Paul Hatton solo tuvo que dar un tirón para arrancarle el rifle de las manos.

Después, furioso y excitado a la vez, cayó sobre ella para, de un empujón, hacerla rodar por el suelo.

Hellen Corey comprendió entonces que lo único que había adelantado había sido precipitar los acontecimientos. Paul Hatton decidió en aquel momento llevar a cabo el ultraje que la convertiría en su esclava.

Hellen Corey se consideró irremisiblemente perdida. De espaldas en el suelo, al hálito ardiente del malvado se unía el vaho caluroso que emanaba del suelo. Pero entonces...

El grito de horror que brotó de los labios de la muchacha, se mezcló con una exclamación de asombroso desconcierto del malvado. Casi al mismo tiempo, Hellen Corey notó que el cuerpo que la aprisionaba contra el suelo era materialmente arrancado de sobre ella y proyectado en el aire.

Y no fue aquello solo. Hellen Corey creyó estar viendo visiones cuando, al mirar con sus aterrorizados ojos hacia donde había ido a caer el cuerpo de Hatton, descubrió, haciéndola parpadear, la imponente figura de la persona que menos esperaba ver: a Frank Lethier que, con las venas de su frente a punto de estallar, se inclinaba sobre el tan desconcertado como ella Paul Hatton.

Su asombro era tan grande que produjo en su garganta una afonía emocional. Intentó expresar su alegría, pero las palabras no salieron de sus labios.

Entretanto, el hombre que además de ser su providencial salvador, ocupaba por entero todos sus pensamientos, se las entendía con el miserable Hatton. El bandido había ido a caer a unas tres yardas de distancia de la muchacha. Y ahora, acogotado su cuello por las poderosas manos del cazador, a la infinita sorpresa de sus ojos se unía el desorbitamiento natural del que está a punto de morir asfixiado.

Así habría acabado su infame vida de no haber ocurrido algo que, momentáneamente, le ofreció el respiro que tanto necesitaba.

El ruido de algo que se movía a su izquierda obligó a Hellen Corey a cambiar la dirección de su mirada. Y al momento...

—¡Frank! ¡Frank! —gritó despavorida.

Volvió el cazador la cabeza para enterarse de la causa de aquel grito de aviso y en el acto soltó el cuello que aprisionaba. Con su natural rapidez y sangre fría asió el rifle que había dejado en el suelo y se lo echó a la cara.

Ni siquiera prestó atención al hecho de que Paul Hatton se desplomara a sus pies. En aquel momento lo único que le interesaba era acabar con aquel nuevo enemigo que tan inesperadamente venía a interrumpirle.

Se trataba de un rinoceronte. Había surgido de la espesura cercana y, resoplando furiosamente, se precipitaba corriendo contra ellos, sin al parecer haber notado que el cuerpo de Hellen Corey le cerraba el paso.

Aquello significaba que, si no se le detenía a tiempo, sus poderosas pezuñas destrozarían a la muchacha.

Pero Frank Lethier tenía buen pulso y sabía dónde tenía que apuntar. Serenamente buscó con el punto de mira la juntura del brazuelo izquierdo del pesado animal y, cuando creyó llegado el momento oportuno, apretó el gatillo.

Una vez más el poderoso rifle «mataelefantes» surtió el efecto deseado. Al estruendo de la detonación se unió un espantoso berrido y el rinoceronte, con el corazón atravesado por una bala de doce milímetros de diámetro, rodó por el suelo a menos de una yarda de distancia del cuerpo de Hellen Corey.

Frank Lethier corrió entonces hacia ella para separarla del animal que, en su agonía, podía aún causarle la muerte. Y para ello tuvo que abandonar la vigilancia de Hatton.

Aquella coyuntura la aprovechó el miserable para precipitarse

en busca de su rifle caído junto al arroyo, donde había ido a parar cuando lo arrancó de manos de la muchacha.

Como un desesperado lo asió por la caja del mecanismo. De un rápido movimiento hizo girar el cerrojo y entonces, con demoníaca expresión en sus ojos, dirigió el cañón hacia la espalda del que en aquel momento parecía haberse olvidado por completo de él.

Pero estaba visto que Paul Hatton no podría consumir nuevos crímenes. Súbitamente, cuando ya iba a apretar el gatillo, un horroroso grito se escapó de su garganta.

Frank Lethier y Hellen Corey se volvieron para mirar hacia atrás, atraídos por aquel alarido de verdadera agonía. Y lo que vieron...

Paul Hatton abrazaba entre sus manos el rifle que había conseguido atrapar, pero ya no le serviría de nada. Un cocodrilo le había atacado por detrás y, después de seccionarle las piernas, tiraba de él hacia el fondo del riachuelo, mientras le contemplaba con sus ojillos tristes¹⁷.

Horrorizada, Hellen Corey escondió la cabeza, apretándola contra el pecho del cazador. Luego, al percibir el estremecimiento que recorría el cuerpo masculino, se olvidó de todo. Levantó los brazos hasta rodear con ellos el cuello de él y, apasionadamente, ansiando libentar su corazón del peso que le oprimía, murmuró:

—¡Frank, amor mío! ¡No puedo resistir más! ¡Te quiero!

Y fue entonces cuando el cazador creyó comprender lo que Cedrie Grahman había querido decirle con sus enigmáticas palabras.

¡El corazón de Hellen Corey le pertenecía a él! ¡A él!



*Los salvajes muestran en sus rostros el pánico que
aquella explosión y el juego les produce*

CAPÍTULO IX

Pero Frank Lethier nada dijo. Toda la intensidad de su apasionado temperamento, brillaba ahora en sus negras pupilas que parecían querer bucear en las de ella. Luego, dando suelta a un impulso incontenible, inclinó la cabeza para besar los labios que se le ofrecían en profunda y voluntariosa entrega.

Durante unos segundos, teniendo por fondo la majestuosa selva y por dosel el cadáver de un salvaje rinoceronte, los dos permanecieron estrechamente abrazados y unidos por aquel beso que sellaba su mutuo amor.

Aunque pronto tuvieron que volver a la realidad.

Súbitamente, restallaron en el aire los secos estampidos de tres detonaciones espaciadas. Era la señal que el cazador había temido oír antes de encontrar a Hellen. Aunque ahora ya la tenía a su lado, no por eso dejó de preocuparle. El aviso no podía significar otra cosa que un nuevo peligro.

—¡Deprisa, muñeca! Hemos de reunirnos con tu padre y los demás, antes de que sea tarde. Esos tiros que has oído son la señal de que algo les ocurre... ¡Vamos!

Corriendo se dirigieron en busca del río. Pasaron por delante de donde Paul Hatton había desaparecido bajo las aguas y pronto se encontraron junto a la orilla del Lulua.

Hellen Corey parecía haber recobrado nuevas energías. La noticia de que su padre se encontraba a salvo, unida a la felicidad que experimentaba al saberse correspondida por el cazador, además de darle nuevos bríos, la llenó el corazón de esperanzas.

Aunque todavía no podía cantar victoria. Desde la ribera donde ahora se encontraban, acababa de descubrir el nuevo peligro que tenían que vencer.

A cosa de media milla río arriba, hundiendo los canaletes en el agua para imprimir mayor velocidad a sus ligeras embarcaciones, una docena de canoas, cada una ocupada por seis remeros bahuanas, se esforzaban en acercarse a las tres balsas que, en aquel momento, obedeciendo a las señales que les hacía Frank Lethier, empezaban a bogar hacia la orilla donde ellos se hallaban.

Por fortuna no estaban muy lejos y la primera no tardó en aproximarse lo suficiente para que ellos pudieran saltar.

Un segundo después, Hellen Corey se encontraba en brazos de

su padre, mientras a sus oídos llegaba la voz de Frank Lethier, enérgica y poderosa, que ordenaba, dirigiéndose a los de las otras dos balsas:

—¡Sengo, Botoli! ¡Remad fuerte, río abajo! ¡Nosotros os seguiremos detrás!... ¡Bosambo! —se encaró después con su *mulak*, que era el que gobernaba la balsa donde ellos iban—: Llévanos al medio de la corriente. ¡Aprisa!

Entretanto, sus perseguidores habían ganado bastante terreno.

—Señor Grahan —siguió diciendo el cazador, dirigiéndose ahora al aristócrata—. Usted se cuidará de irme cargando las armas. Lo demás déjeme a mí.

Apenas acababa de hablar, el rifle que empuñaba empezó a escupir plomo. Tres negros de los que ocupaban la canoa que iba en cabeza se precipitaron al agua. Al mismo tiempo, la embarcación cambió bruscamente de rumbo, faltándole muy poco para que volcara.

Por suerte para ellos lograron hacerla recobrar el equilibrio. Lo que no pudieron evitar fue que quedaran de través en el río, obturando el paso de los que venían detrás.

—Buen trabajo, señor Lethier —exclamó el aristócrata, entusiasmado—. Ha conseguido usted que se detengan.

—Sí. Pero por poco tiempo. Ahora irán preparados y no será tan fácil repetir la operación.

—¿Qué operación?

—La que hice antes. Apunté a los tres remeros del mismo lado y el impulso de los otros fue lo que hizo ciar a la canoa. Ahora estarán alerta para que no les ocurra lo mismo... ¡Mírelos! Ya se han organizado.

En efecto. Vencido su primer desconcierto, los bahuanas emprendieron de nuevo la persecución. Sus veloces canoas pronto recuperaron lo perdido.

Frank Lethier empuñó otra vez el rifle. A cada disparo, un salvaje se precipitaba de cabeza en las achocolatadas aguas del río. Pero aquello no era suficiente. Dentro de poco, los que quedaban se habrían acercado lo suficiente para poder lanzar sus azagayas. Había que detenerlos de otra forma o de lo contrario estaban perdidos.

—¡Deme el «mataelefantes»! —pidió de pronto el cazador. El poderoso rifle dejó escapar su cantinela de muerte. Cedrie Grahan y Hellen Corey parpadearon sorprendidos al comprobar que ningún enemigo se desplomaba.

Fue después, al utilizar el rifle más ligero cuando Frank Lethier

tumbó a otros tres bahuanas.

Unos segundos más tarde, tronaba de nuevo el «mataelefantes». Y como la primera vez, tampoco se vio caer a nadie. El aristócrata, Hellen, e incluso el *mulak* Bosambo, no comprendían a qué se podía deber que el cazador fallase con aquel rifle.

Pero pronto tuvieron la explicación. En aquel momento, los que ocupaban las tres canoas que iban delante dejaron de remar. Mejor dicho. De remar en dirección a ellos. Vociferando como locos, los bahuanas dirigían ahora sus canoas en busca de la orilla más cercana.

—¡Vaya! —oyeron exclamar al cazador—. Por un momento creí que no daría resultado. Pero sí. No hay duda de que tienen prisa por llegar a tierra... ¡Fíjense! Les agujereé las canoas y el agua empieza a inundarles.

Por dos veces seguidas repitió Frank Lethier la misma operación. Y por fin, dándose por vencidos, los bahuanas desistieron de alcanzarles. Se habían dado cuenta de que el «trueno de fuego» que manejaban aquellos blancos eran demasiado peligroso para combatirlo con sus azagayas.

Una vez más, Frank Lethier salía vencedor en la selva.

El resto de la tarde, las tres balsas navegaron río abajo sin novedad. Empezó a anochecer y fue entonces cuando se dieron cuenta de que no habían probado bocado en todo el día.

—¡Bosambo! —ordenó el cazador—. Rema hacia la orilla izquierda. Acamparemos en tierra durante la noche. Mañana continuaremos otra vez por el río.

Frank Lethier eligió un pequeño calvero dentro de la selva para acampar aquella noche. Se encontraba un poco alejado del río, pero era la única forma de evitar la proximidad de los cocodrilos e hipopótamos.

Mientras los negros, dirigidos por Cedrie Grahán, preparaban el campamento, Frank Lethier y su *mulak* Bosambo se internaban en la selva. Cuando regresaron era ya casi completamente de noche. El negro venía cargado de racimos de frutas, mientras que el cazador se presentaba con un magnífico ejemplar de gacela kudú, que entregó a Botoli para que dispusiera la cena.

Después, hizo intención de alejarse de nuevo. Pero Cedrie Grahán le salió al paso.

—Se está usted martirizando inútilmente, Lethier —dijo el aristócrata, apeándole del tratamiento de «señor» con que siempre se había dirigido a él—. Durante toda la tarde ha eludido mi presencia como si algo le remordiera. Pues bien, puede estar

tranquilo. Sé hacerme cargo de las cosas. Y con mucha más razón si no me pillan de improviso. Adiviné la verdad hace varios días, pero quería que fuese usted quien lo descubriera. Esté tranquilo. Se la ha ganado bien a pulso. No tema agraviarme. No es usted quien me quita la novia. Sino ella que elige al mejor de los dos.

Aquellas palabras emocionaron al cazador.

—Señor Grahan —dijo—. Es usted todo un hombre. ¿De veras no me odia?

—¿Odiarle yo? Pero ¿cómo voy a odiar a quién debo la vida?... Sí, Bosambo me contó lo que hizo por mí. Pero aun sin ese gesto, siempre me tendría por amigo.

Alargó su mano al cazador y, mientras se las estrechaban, añadió, en tono más jovial:

—Y ahora reúnase con ella. Nosotros ya hemos hablado y le está esperando.

Frank Lethier se encaminó hacia donde Hellen Corey y su padre parecían aguardarle. En los ojos de la muchacha brillaba una lucecita que el cazador no había visto antes.

—¿Cómo se encuentra, profesor? —preguntó, mientras se sentaba junto a Hellen—. Su aspecto, desde luego, no parece malo.

—¿Malo? Reconozco que estoy un poco débil. Pero, por lo demás, nunca me he sentido mejor ¡Muchacho! No puedes hacerte una idea de lo que te he echado de menos durante estos últimos años. ¿Y sabes una cosa? Hasta hoy no he sabido porqué me dejaste —sonrió, mirando a su hija, y agregó—: Menos mal que la culpable ha sabido enmendarlo todo al final... Te hemos visto hablar con Cedrie. ¿Te ha dicho ya que está todo solucionado?

—Sí, profesor. Y puedo asegurarle que es todo un hombre.

—Desde luego. No podía ser menos quien pensara llevarse a mi hija. Pero tú no tienes nada que envidiarle. Me sentiré orgulloso de llamarte hijo... Hola, Cedrie —saludó al aristócrata, que acababa de acercarse a ellos—. Cómo puedes ver ya está todo arreglado.

—No tanto, profesor. Aún no hemos salido de aquí. Hasta entonces no debe cantar victoria. Y a propósito de victorias, Hellen —se encaró con su ex prometida—. Llevo una falta sobre mis hombros que me pesa demasiado para continuar con ella. Me refiero a lo del gorila. No fui yo quien te salvó de él, sino Frank... ¡Uf! Ahora ya me he quedado tranquilo.

Hellen Corey miró al cazador con una expresión de felicidad en sus ojos. Luego dijo:

—Debí suponerlo al ver que ninguno de los dos me queríais dar explicaciones. Pero, en fin. Aquello ya pasó. Lo que me gustaría

saber ahora es cómo logró Frank salir de aquel poblado, salvando a mi padre y a los demás prisioneros.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo el aristócrata—. Recuerdo que le dejamos en muy mala situación y aun ahora no me explico cómo pudo conseguirlo. ¿Quiere contárnoslo, Lethier?

El cazador hizo una seña, invitándole a que se sentara a su lado. Luego empezó:

—Saciaré su curiosidad para complacerles. Y lo haré más gustoso todavía, porque quiero sacarles del error en que están al atribuirme a mí el mérito de todo. La verdad es muy distinta. De no haber sido por el doctor Keel, ni ustedes ni nosotros estaríamos aquí ahora. Agradézcanse, pues, al que sacrificó su vida a cambio de darnos una oportunidad. No sé cómo se las arregló, pero lo cierto fue que provocó la explosión de las municiones y cartuchos de dinamita almacenados en la choza del rey Tobo, produciendo el consiguiente desconcierto entre los salvajes, que aumentó luego al propagarse las llamas a las demás chozas. Aquel barullo fue lo que me permitió abrir las jaulas y poner en libertad a mis porteadores. Luego, cogí en brazos al doctor, que se había desmayado al hacer esfuerzos por llegar hasta allí, y escapé con él hacia el árbol donde les creía a ustedes.

Hizo el cazador una pausa para cambiar de postura y continuó:

—El canalla de Hatton fue quien lo estropeó todo. De haber seguido las instrucciones que le di la noche anterior cuando les expliqué mi plan, el sacrificio del doctor no hubiera sido necesario. Confiaba tanto en la protección de nuestros rifles que ya vieron como no titubeé en arriesgar la vida de mis porteadores, permitiendo que los atraparan. Al prestar a los *mulaks* ropas como las nuestras, lo hice con la sola intención de que los bahuanas no nos echaran a nosotros de menos, permitiéndonos acercarnos a su poblado sin temor a ser descubiertos. Nosotros solos, con todas las armas y municiones, nos bastábamos para tenerlos a raya mientras el profesor y los demás iniciaban la huida. Pero la faena de Hatton al huir cobardemente y obligarles a ustedes a seguirle, planteó el problema que solo la heroica decisión del doctor Keel pudo resolver. Por si fuera poco, luego se nos juntó la preocupación de buscarles. Pero eso ya lo saben de sobra. ¿Están satisfechos?

—En efecto —respondió el profesor—. Aunque lo has contado de una forma que, de no conocer nosotros muchos detalles, parecería que tú no tuviste nada que ver en ello. Reconozco el mérito del doctor al tomar tan heroica decisión. Pero eso no quita que sea a ti a quién debamos la vida. En fin, ¿qué os parece si ahora

comiéramos algo? Ese olorcillo que llega hasta aquí me ha abierto el apetito.

Como contestando a sus palabras, Bosambo se acercó en aquel momento llevando sendos trozos de kudú, recién sacados de las brasas.

Dieron buena cuenta de ellos, a pesar de echar en falta la sal para sazonarlos. Y una hora después, a excepción del cazador y Hellen, que se quedaron a charlar un rato, los demás miembros de la expedición dormían profundamente.

Frank Lethier continuó después la guardia hasta que, pasada la medianoche, Cedrie Grahan acudió a relevarle.

A la mañana siguiente regresaron a las balsas. El cazador había ordenado hacer buena provisión de frutas, agregando él, por su parte, varios gansos, ánades y un antílope que sorprendió bebiendo a la orilla del río.

Según dijo, durante los cinco días siguientes no podrían abandonar las balsas, ya que iban a cruzar la región más tenebrosa de la selva. Aquellos alimentos, ya que habían perdido todos sus bultos menos las municiones, serían su único sustento hasta llegar al otro lado del territorio bayauci.

Y emprendieron la marcha. A medida que avanzaban, el río se iba haciendo más difícil de recorrer. En algunos lugares, se estrechaba tanto que la vegetación cruzaba con sus ramas de un lado a otro, formando túneles en los que no penetraba nunca la luz del sol.

En otros lugares, sus aguas eran tan revueltas que parecían imponible que las almadias resistieran con su peso. Pero lo peor de todo era el constante peligro de las flechas de los uambutti. Aún no hacían dado señales de su presencia, aunque el cazador estaba seguro de que los vigilaban continuamente.

Así durante tres días con sus correspondientes noches, tiempo que los intrépidos expedicionarios emplearon navegando sin descanso por el Lulua. Al cuarto, el profesor, que parecía ir mejorando, decayó de pronto.

—Es la falta de sal —diagnosticó él mismo—. Después de siete meses sin probarla, los pocos granos que tomé cuando me libertasteis han estimulado mi organismo de tal forma que ahora necesita más.

—Solo hay una solución, profesor —respondió el cazador—. Trataré de pescar algunos peces, aunque aquí es algo difícil. Si lo consigo, a todos nos sentará bien.

Y puso manos a la obra. Sirviéndose de trozos de lianas, de las

más delgadas que encontraron a su paso, Frank Lethier construyó una especie de red que, manejada con habilidad y constancia, dio como resultado la captura de unos pocos peces, largos y escamosos.

El profesor fue el primero que probó su carne. No era muy sabrosa, pero en cambio poseía fósforo, único sustitutivo en los casos de carencia de sal. Hellen Corey, así como el aristócrata y el propio cazador comieron también de ella.

A los negros ni se les ofreció siquiera. Frank Lethier sabía que no querían probarla¹⁸.

Al amanecer del quinto día, el río fue adquiriendo su normal configuración. Más despejado que hasta entonces, en las orillas se veían ya algunos claros.

Dentro de poco dejarían atrás la parte más peligrosa de su camino. Pero hacia el mediodía...

Acababan de entrar en la curva donde el Lulua torcía hacia el Este, cuando de pronto, de la orilla izquierda partió una lluvia de flechas que cayó sobre ellos.

Media docena de porteadores de la segunda balsa rodaron acibillados hasta desaparecer en las sucias aguas. Después ocurrió lo mismo con dos de los que acompañaban al cazador y a sus amigos. En cuanto a la tercera no se salvó ni uno solo.

Frank Lethier rechinaba los dientes de rabia. Cuando ya estaban a punto de considerarse a salvo, los malditos uambutti venían a estropearlo todo.

Una y otra vez agotó el cargador de su rifle, secundado por Cedrie Grahman, que se había hecho cargo del «mataelefantes». Hellen Corey cuidada de írselos cargando, mientras el profesor le ofrecía los cartuchos.

Por desgracia, en aquella parte del río, la corriente del mismo era poco menos que nula. La curva restaba velocidad a sus aguas y de ahí que las balsas avanzaran muy lentamente.

Ahora solo quedaba una con supervivientes. Aunque de seguir así, pronto no quedaría ni esta. Las flechas iban cayendo con redoblada insistencia. De no haber sido por el refugio que les ofrecía la media docena de cajas en las que guardaban las municiones, el cazador y sus amigos ya habrían caído también, alcanzados por los dardos.

Todos, incluyendo a Bosambo y a los otros cuatro negros que se habían librado del primer ataque, se parapetaban tras ellas, sin poder hacer nada para gobernar la balsa que, aunque lentamente, seguía flotando en medio del río.

Frank Lethier y el aristócrata seguían disparando sin cesar. No

veían a sus enemigos, pero de vez en cuando oían los gritos que daban al ser alcanzados por las balas.

Pero aquella situación no podía durar mucho. Sin gobierno, la balsa iba acercándose poco a poco a la orilla donde se ocultaban los temibles pigmeos.

Era cosa de minutos lo que faltaba para caer definitivamente bajo sus flechas.

Frank Lethier miró a los ojos de Hellen en los que brillaba un destello de dolorosa resignación. En la mente del cazador se forjó el pensamiento de matarla él, antes de que cayese en manos de los salvajes caníbales bayauci. Y de pronto...

Los uambutti dejaron de disparar sus flechas. Casi al mismo tiempo, el bramido quejumbroso de un elefante llegó claramente a sus oídos.

—¡Bosambo, señor Graban! —gritó el cazador, excitadísimo, mientras de un salto se colocaba junto a la pértiga que hacía de timón—. Disponemos de unos minutos para alejarnos de aquí. Han debido herir a un elefante y ahora tratan de capturarlo, antes de que se pierda camino de su cementerio¹⁹. ¡Pronto! ¡Es nuestra oportunidad única de salvación!

Bosambo y los cuatro negros empuñaron las pértigas. Sus musculosos brazos empezaron a trabajar en ellas y pronto la armadía fue adquiriendo velocidad. Por su parte, Frank Lethier procuraba mantenerla en el centro del río, en evitación de que pudieran atacarles desde el otro lado.

Aquel respiro les permitió alejarse de los bayauci. Poco a poco la corriente fue aumentando, haciendo menos penoso el uso de las pértigas. Y finalmente, hacia la caída de la tarde, Frank Lethier consideró pasado el peligro. ¡Aunque a qué precio!

De los treinta negros que le acompañaban al regreso, solo quedaban ahora los cuatro porteadores que manejaban las pértigas y su *mulak* Bosambo.

Frank Lethier había vencido una vez más a la selva. Pero en cambio, era la primera vez también que el triunfo le costaba tan caro.

¡El safari más numeroso de cuantos había mandado, volvía al punto de partida completamente aniquilado!

Los tres días siguientes, ya en territorio baluba, no ofrecieron tantos obstáculos que vencer. Al pasar por un poblado, cuyo cacique era amigo del cazador, consiguieron, a cambio del reloj de Cedrie Grahan, algunas provisiones.

Y una semana más tarde entraban en Kabuanga.

EPÍLOGO

Tres meses después, en la mansión de los Corey, en Londres, se celebraba una vez más la fiesta del «Aniversario».

Los mismos invitados de seis años atrás habían acudido a reunirse con el profesor Irving Corey para felicitarle por su milagrosa salvación.

Desde hacía tiempo, todos los periódicos de la nación venían publicando relatos de su última expedición al África. Pero hasta aquel momento en que, restablecido, el profesor pudo hacer vida normal, tan solo sus amistades más íntimas y algunos pocos periodistas, habían conseguido hablar personalmente con él.

De ahí que aquella noche, los salones de su casa se vieran abarrotados de personas que querían felicitarle.

—Todo se lo debo al que pronto será mi hijo —decía en aquel momento, en respuesta a una pregunta que acababan de hacerle—. Gracias a él, no solo estoy aquí lleno de vida, sino que al fin podré realizar mi mayor ilusión: Publicar mi anunciado libro de Etnología en el que todos encuentren ampliados los detalles superficiales que escribieron los más famosos exploradores de África²⁰.

—Me gustaría conocer a ese valiente joven al que tanto pondera —dijo una señora de cierta edad, colocada en primera fila de los que asediaban al profesor—. Según he leído en los periódicos, conoce la selva como la palma de su mano. ¿Es cierto, profesor?

—Absolutamente. Y con la particularidad, de que solo necesitó cinco años para recorrerla. Muchos otros han pasado toda su vida en ella y solo, conocen los mismos lugares. Él no. La adoptó como compañera y no descansó hasta conocerla bien... A propósito. Aquí le tienen ustedes.

Todas las miradas convergieron sobre la arrogante figura del ya famoso cazador que, a su natural prestancia, unía ahora la aureola de una leyenda plena de hazañas.

Frank Lethier se vio obligado a estrechar las manos de los que se apretujaban para ver quién podía observarle más de cerca. Menos mal que en un pequeño respiro que le dieron, consiguió acercarse al profesor para preguntarle:

—¿Sabe usted dónde se encuentra Hellen, profesor? No la he visto desde hace bastante rato.

Irving Corey sonrió divertido.

—¡Qué dices, muchacho! —exclamó—. ¿Te parece bonito que el mejor rastreador de la selva tenga que pedirme ayuda para encontrar lo que busca? —Luego, recobrando la seriedad, añadió en voz baja:

—Debe estar reunida con sus amigas en la sala de música. Acércate por allí y oirás algo bueno.

Frank Lethier no quiso saber más. Antes de que le alcanzara un nuevo grupo que venía a saludarle, atravesó el salón a grandes pasos y desapareció por una puerta.

Procedente de la habitación contigua a la que había entrado, llegó hasta sus oídos el argentino eco de varias voces femeninas que hablaban a la vez. Luego...

—He dicho que se acabó —decía en aquel momento la voz de Hellen Corey—. Ahora tengo que reunirme con él. Ya os he contado lo que queríais saber. ¿Es que no estáis aún contentas?

—Desde luego, Hellen —respondió otra voz ligeramente chillona, que el cazador creyó ya haber oído en otra ocasión parecida—. Sabemos que eres la mujer más feliz de la tierra y que esperas serlo más aún, si cabe, cuando te cases con tu Frank. Pero has olvidado una cosa: Decirnos cuándo es la boda. Has hablado de ella, pero sin mencionar fecha alguna. ¿Es que no lo habéis decidido?

—Eso lo sabréis antes de que acabe la fiesta. Quiero que sea el propio Frank quien lo anuncie.

—¡Parece increíble, Hellen! —exclamó ahora otra voz—. Tú, que hace seis años parecías odiarle tanto, ahora...

—Ahora estoy loca por él. Y hasta me atrevo a asegurar que ya lo estaba entonces. No sabría explicároslo, pero es la verdad. En fin, no puedo entretenerme más. Estoy deseando tenerle a mi lado y por vuestra culpa llegaré tarde para el primer vals... ¿Os quedáis?

—Solo un momento. El justo para que no puedas darnos envidia presenciando tu encuentro con él. Además, ahora que estamos todas reunidas, vamos a aprovechar la ocasión para organizar tu cortejo de honor.

Hellen Corey corrió hacia la salida. Iba ansiosa de encontrar a su amado, al que no había visto durante la hora que sus amigas la habían tenido acaparada. Cruzó el saloncillo contiguo a aquel en que había estado con ellas y, cuando ya iba a salir al salón principal...

Unos brazos poderosos la sujetaron por detrás, levantándola en vilo. Cogida de improviso, no pudo evitar que se le escapara un

pequeño grito de sobresalto. Pero se calmó rápidamente al oír una voz conocida que le decía:

—Me estoy cansando de esperar, muñeca. ¿No crees que son suficientes los primeros seis años?

—¿Los primeros seis años? —se extrañó ella, mirándole muy seria a los ojos—. Pero...

—No hay pero que valga. He dicho que he esperado seis años. ¿Acaso lo dudas?

—Pero... pero, Frank —sostenida en el aire, tenía el rostro casi a la misma altura que el de él—. ¿De veras ya me querías entonces?

—Naturalmente. Te quiero desde el primer día que te vi. Y seguiré queriéndote hasta que me muera. ¿Puedes tú decir lo mismo? No olvides que solo serás la esposa de un cazador.

—¡Oh, Frank! —exclamó la muchacha, cerrando sus brazos alrededor del cuello masculino—. Tú eres más que un cazador. ¡Eres el vencedor de la selva! No te cambiaría por todos los blasones juntos de la aristocracia inglesa. ¡Te quiero a ti y te querré siempre! Yo...

No pudo decir más. El vencedor de la selva acababa de lograr su última y más ansiada victoria. En el mismo sitio donde seis años atrás le cerró la boca con un hidalgo reproche, hoy volvía a hacerlo, con los labios.

F I N



En el corazón de la selva africana, una tribu de indígenas aceptaba la autoridad de una mujer blanca. Era

LA PITONISA

Y a ella se le atribuían poderes mágicos que la hacían más obedecida y reverenciada

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor, logra uno de sus más emocionantes relatos en

LA PITONISA

¡La apasionante historia de una mujer decidida y valiente que impuso su voluntad a un grupo de feroces salvajes!

LA PITONISA

Recuerde este título y adquiéralo la próxima semana, en la ya famosa

COLECCION CONGO

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

417 — Donald Curtis
LA SANGRE DE LOS FARRELL

COLECCION "BUFALO"

114 — J. de Cárdenas
LAS SENDAS DEL DIABLO

COLECCION "CONGO"

8 — Rogers Kirby
EL VENCEDOR DE LA SELVA

COLECCION "PANTERA"

51 — M. L. Estefanía
RURAL Y PISTOLERO

COL. "SERVICIO SECRETO"

281 — Silver Kane
PIEDAD PARA SUS ALMAS

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
PROFESIONES FEMENINAS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

476 — M.^a Pilar de Molina
EL ENIGMA

COLEC. "MADREPERLA"

372 — Carlos de Santander
CORAZONES VACIOS

COLECCION "ROSAURA"

316 — Luis Masots
CITA CON EL ANGEL

COLECCION "AMAPOLA"

202 — Lfa. Ramos
EL PRECIO DE UNA VIDA

COLECCION "ALONDRA"

155 — Mercedes Escalante
SUBLIME AMOR

COLECCION "CAMELIA"

96 — Corín Tellado
ANA MARIA

COLECCION "ORQUIDEA"

66 — María Teresa Sesé
MARIDO DE UN DIA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 643 - Buenos Aires

¡Los mejores puestos son siempre para quienes dominan idiomas!

Y EL INGLES ES EL MAS INDISPENSABLE DEL MUNDO



Sin necesidad de interminables cursos o elevados gastos, sólo con la ayuda positiva y eficaz de este original, práctico y modernísimo método:

INGLES FACIL

dominará usted en breve tiempo este idioma, requisito indispensable para quienes aspiren a mejorar de posición

INGLES FACIL

le ofrece, a través de un extensísimo vocabulario adaptado a la vida práctica, infinidad de ejercicios y temas gramaticales con la traducción interlineal equivalente a su pronunciación figurada

INGLES FACIL

Un libro utilísimo, que hallará usted en el próximo número de la famosísima

COLECCION PRACTICA

Precio de venta: 5 ptas.

**DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD,
SOLICITELO A:**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA





*Si usted conoce ya
RADIO MONTAJES,
sabr  que es una co-
lección indispensable
para quienes aspiran al
triunfo*

*Merced a sus magn fi-
cos volúmenes, cono-
cer  todo lo necesario
para efectuar*

RADIO MONTAJES

a la altura de los mejores procedimientos extranjeros

RADIO MONTAJES

le ofrece en su número 8, este interesante y utilísimo contenido: "Pinky", superheterodino universal de cinco válvulas Rimlock. — Analizador dinámico con multivibrador. — Amplificador miniatura de elevada fidelidad. — Receptor experimental para ondas ultracortas, etc.

 Y otros muchos temas, de incalculable valor para usted!

Adquiera esta misma semana, amable lector:

RADIO MONTAJES

 LE CONVIENE SER DE LOS PRIMEROS, PARA EVITAR QUE ESTE YA AGOTADO CUANDO USTED LO PIDA!

Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 BARCELONA



OLIVIA DE HAVILLAND · ROBERT MITCHUM
FRANK SINATRA · GLORIA GRAHAME
BRODERICK JOHNSON · CHARLES BICKFORD

Son los protagonistas de la sensacional novela y de la adaptación cinematográfica realizada por "United Artists" y "C. B. Films" de

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson* que ha batido todos los records de venta en Estados Unidos, durante el pasado año

NO SERAS UN EXTRAÑO

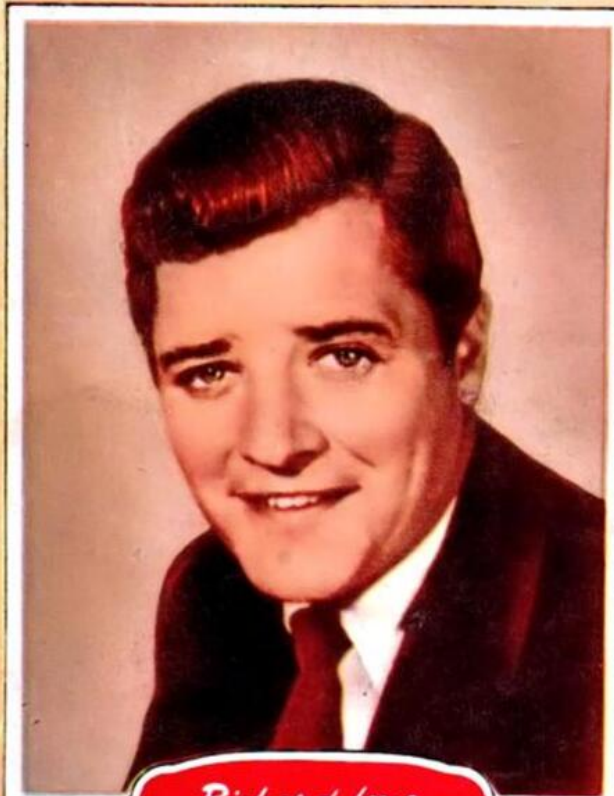
Un hombre ambicioso soñaba con un ideal que difícilmente podría alcanzar. Para lograrlo sacrificó sus sentimientos y vivió encerrado en sí mismo, usando de cuantos seres ponían en él su confianza o su amor

NO SERAS UN EXTRAÑO

Un nuevo y clamoroso triunfo de Editorial Bru-guera, S. A.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

LLUVIA DE ESTRELLAS



Richard Long

N.º 184

Nació, hace veintiocho años, en Chicago. Ha interpretado, entre otras películas "Raíces profundas", "A través del espejo" y "Su gran deseo". Ha sido el esposo de la fallecida Suzan Ball.

Foto UNIVERSAL-INTERNACIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 - ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Ban-tú (en singular U-mtú) es un nombre que se dan varias tribus cafres. Significa hombres.

Ordalía del veneno. La principal forma de adivinación entre los negros del Congo es la ordalía del veneno, que a veces, al abusar de ella, han ocasionado en algunos casos la extinción de una colectividad entera. Un ejemplo histórico lo constituye los uwet. Practicaban con tan inconcebible ligereza la ordalia por el veneno, que en cierta ocasión se envenenó toda la tribu para probar su inocencia en un crimen colectivo que se les imputaba.

Hace tres siglos los balunda aceptaron por jefe a un luba, cazador inmigrante del N.E., quien extendió gradualmente su poder y abrió las bases del Imperio de Lunda. El hijo del fundador y de una princesa lunda se llamaba Jambo, y de aquí el título hereditario de Muatayambo. Entre los reinos tributarios del Muatayambo se contaba el de Cazembe a Oriente y el de Mai al N. El primero se hizo tan poderoso que acabó por declararse independiente. Pero fue destruido por Msiri, un aventurero de Nambezi el cual vino a ser jefe de los basamba en el Sur.

[←4]

“Mataelefantes”. Rifle usado por los cazadores africanos después de la gran Guerra. Un rifle alemán “Mauser-Merkel”, marca “Rigby”, calibre .475 y proyectiles de 12 mms.

[←5]

Gran plaza de la villa o poblado.

[←6]

En Lunda, los propietarios ricos forman una especie de aristocracia que se llaman kilolo.

Entre los baluba, los partidarios de Kalamba, famoso tirano que dominaba a su pueblo valiéndose del atontamiento que produce el humo del cáñamo (riamba), se llama Bena-Riamba es decir, hijos del cáñamo. Fumar cáñamo es para ellos una obligación a pesar de que saben que les espera la peor de las muertes. Todas las fiestas se celebran fumando el riamba con la pipa destinada a este objeto. Está hecha ordinariamente de una gran calabaza que tiene la forma de una botella y que, en ocasiones alcanza un metro de altura. A excepción de los kilolo, todos los demás balubas llevan siempre colgada de su cintura la pipa y el manojo de cáñamo seco. Jamás se olvidan de dichos objetos y, si alguna vez ocurre, se llevan un gran disgusto.

Esta ceremonia y cuantas se detallen a continuación, así como todos los datos documentales que se dan en esta novela, son rigurosamente auténticos, habiendo sido varias veces presenciadas por el autor.

[←9]

Bradamante, Mujer bella y guerrera.

Existen cuatro ramas-base de los enanos llamados pigmeos (no olvide el lector que nos estamos refiriendo al continente africano), a saber: Los obongos y bayaga, que habitan en el Congo francés. Los batúa, al norte del Lulua, que son los más pequeños, y los uambutti, que son los más numerosos y viven repartidos por el gran bosque ecuatorial,

[←11]

Zanjas u hoyos grandes con estacas puntiagudas clavadas en el fondo, pero con las puntas mirando hacia arriba, que se emplean para la caza de animales peligrosos y fieras en general.

Un fenómeno particular del clima de África es el harmatán, viento del Este muy seco que lleva en sí un polvo finísimo al que se adhieren todos los olores de las zonas por las que atraviesa. Reina desde noviembre a marzo, aunque a veces se extiende hasta últimos de abril, sobre todo en el Ecuador.

En el Ecuador, las lluvias siguen la dirección del sol (aquí, en vez de Este a Oeste, de Norte a Sur), es decir, el primer período de Norte a Sur y el segundo de Sur a Norte. De manera que en las regiones ecuatoriales se atraviesa durante el año dos períodos de lluvia.

Suplicio de la maceración. Entre los antropófagos es costumbre “madurar” la carne de sus prisioneros, golpeándolos durante varias horas con mazas y otros objetos. El verdadero mérito de esta operación consiste en saber “aporrear” de forma que las partes carnosas del prisionero pierdan la tirantez del músculo... sin que produzcan la muerte. Este suplicio suele durar un par de días, al final de los cuales es cuando matan definitivamente al que no tardará en ser devorado,

Entre los bahuana, los muertos que caen en combate, bien sean entre ellos o con otras tribus, los recogen para comérselos más tarde. Los demás negros del Congo generalmente acostumbran a enterrar a sus muertos, a excepción de los bacalai que los queman.

Histórico. La destrucción del poblado bahuana del rey Tobo fue presenciada por el célebre explorador Enrique Morton Stanley.

Esta escena y la de la caza del gorila, fueron presenciadas por el autor en el año 1933, precisamente en el Congo Belga. En aquella ocasión, la víctima del cocodrilo fue un muchacho de 14 años que, como él, formaba parte de la expedición de *boy-scouts* que, procedentes del bajo Sudán, atravesaban el Congo en dirección a Jadotville. En la correspondiente a la caza del gorila, su matador fue el Coronel Garlon jefe de los exploradores y *boy-scouts* de Marruecos, en la ella época.

Los negros apenas comen pescado. No les gusta mucho. Y si lo comen es podrido. En cambio, la carne de perro la consideran comestible, mientras que de las aves solo aprovechan las plumas.

Cuando un elefante se siente herido de muerte, se aparta de sus compañeros para, resignadamente, dirigirse hacia un lugar escondido en la selva que constituye su cementerio común. Se han dado casos en que uno de estos paquidermos ha caminado durante días, resistiendo los más terribles dolores, para, una vez en su cementerio, esperar la muerte con la mayor tranquilidad.

Los más famosos exploradores de África fueron: Enrique Barth, David Livingstone, Gerardo Rohlfs, Jorge Schweinfurth, Gustavo Nachtigal, Enrique Morton Stanley, Emin Bajá (Eduardo Schnitzer) y Hermann Von Wissmann.